

Bitácora del virus

Palabras del reposo



Coll | Vignoli | Briff | Ricci | Aguirre | Tessa | Giacosa
Palma | Henderson | Ingrassia | Makovsky | Enriquez
Echen | López Verrilli | Monti | Buchara | Carrascal | Franza
Seisas | Rodríguez | Schwarzstein | Siegrist | González | Leites
Benz | Gianelloni | Blasco | Tamous | Hiba | Laurino | Paolucci

Imagen de portada “Berlín”, Gastón Miranda

Bitácora del virus : palabras del reposo / Lila Siegrist ... [et al.] ; compilado por Virginia Giacosa ; Lila Siegrist ; ilustrado por Gastón Miranda ; Maximiliano Falcone. - 1a ed compendiada. - Rosario : Lila Siegrist ; Rosario : Virginia Giacosa, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: online
ISBN 978-987-27972-2-5

1. Ensayo Literario Argentino. 2. Ensayo Político. 3. Ensayo Filosófico. I. Siegrist, Lila.
II. Giacosa, Virginia, comp. III. Miranda, Gastón, ilus. IV. Falcone, Maximiliano, ilus.

CDD A864

Flor Coll	6
Un virus para la corona	
Beatriz Vignoli y Adriana Briff	10
Todos moriremos en Hollywood	
Georgina Ricci	13
Apnea seca	
Osvaldo Aguirre	16
Coronafake	
Sonia Tessa	20
Un mundo nuevo y feminista	
Virginia Giacosa	23
La vida aterradora y la bella	
Tomás Quintín Palma	27
Yo soy pandemia	
Dahiana Henderson	30
Terracerío	
Franco Ingrassia	33
Días de pandemia	
Pablo Makovsky	35
Insulina y cigarrillos	
Julia Enriquez	38
Te estabas hablando a vos en el futuro	
Roberto Echen	42
Rock de la cuarentena	
Clara López Verrilli	46
Especies de espacios	

Cristhian Monti	49
El último día del verano, el primero de la cuarentena	
Arlen Buchara	51
La rumba del encierro	
María Laura Carrascal	55
Una cartografía inestable	
Pablo Franza	58
Mis labores	
Lucía Seisas	59
Diario adentro en 6257 caracteres	
Lucía Rodríguez	64
Un lugar silencioso	
Damián Schwarzstein	67
Mañana	
Lila Siegrist	68
Una civilización de entrecasa	
Agustín González	73
El hospital de pájaros	
Fede Leites	76
Desde la jaula	
Ale Benz	78
La detención del movimiento	
Lila Gianelloni	80
La muerte es algo que acaece a los vivos	

Fernanda Blasco	83
Más extraño que la ficción	
Silvina Tamous	86
Cuarentena	
Jorgelina Hiba	88
Qué ves cuando me ves: la pandemia y la naturaleza de las ciudades	
Verónica Laurino	90
Conocí la terraza	
Lila Paolucci	92
Piensa siempre más	

Un virus para la corona

Flor Coll

Nunca —hasta ahora— había usado en un texto la palabra confinamiento, que según el diccionario es la “pena que consiste en obligar a alguien a residir en un lugar diferente al suyo, aunque dentro del área nacional, y bajo vigilancia de la autoridad”. Es una de las expresiones, junto a coronavirus, contagio, covid-19, aislamiento social o pandemia, que más resuenan en los últimos días en esta suerte de Estado de vigilancia y de control en la emergencia de la recientemente declarada pandemia. Por supuesto, con el ejército y la policía en las calles controlando a la población, todas las teorías apocalípticas resuenan en mi cabeza. Aquellos teóricos —generalmente de pelada y lentes— que [leíamos en la facultad, y que quizás actualizaste en estos años](#), adquieren relevancia. Las teorías sobre el poder, el biopoder, la biopolítica, los disciplinamientos, los cuerpos en primer orden de observación, y el miedo, por supuesto, hacen que esto —que todavía no sabemos bien qué es ni cuánto durará— se cargue como un chip con demasiada información en nuestra cabeza y en nuestras emociones. De hecho, desde hace días y con casi todas las actividades suspendidas y negocios cerrados, es el único tema del que se habla en España y —diría que— en el mundo. Sus consecuencias, claro está, ya son evidentes en los contagios. En el primer día del decreto de Estado de Alarma por el coronavirus, tres amigas cercanas fueron despedidas de sus respectivos trabajos.

¿Qué palabra puede ayudar a describir este estado actual? Me pregunto muchas cosas sobre todo en la noche. No he visto ninguna serie nueva, ni vieja estos días. No he tomado clases de yoga, ni de cocina, ni de idioma. No vi conciertos on line #YoMeQuedoEnCasa ni me pude sumar a ninguna de las decenas de opciones que surgieron espontáneamente estos días. No es por rebeldía, quizá solo por ausencia de concentración. Apenas tuve ganas de cocinar, algo de sexo virtual y una clase de twerk, un baile de origen africano que crearon los esclavxs, que devino en una suerte de perreo contemporáneo y que bailan muchas pibas que agitan caderas y pelvis. Me divirtió bastante mover un poco el culo, para qué contarles. En las redes abundan toda clase de opciones para este habitar hogareño, para quienes tenemos un lugar para confinarnos, y que todxs suponemos y según insisten desde los medios, será más largo de lo previsto. Pero aburrirse tampoco está nada mal. Llevo ya cuatro días casi sin salir del piso que comparto con otras dos personas de diferentes edades y nacionalidades. Sólo hay permiso para salir a trabajar —en aquellos casos en que las empresas o instituciones no optan por el teletrabajo—, a comprar comida, bebida, artículos de farmacia, tabaco o ir a pasear el perro. Lo de las peluquerías parece que no se confirmó. Ninguna de las de mi cuadra están abiertas. En

estos días, además llueve, hay mucha humedad y el cielo está completamente gris, algo bastante atípico en Barcelona. Quizás por eso, convierte a la ciudad en algo más lúgubre. Cada letrero improvisado en los locales con persianas levantadas indica cuántas personas pueden ingresar. La mayoría de las farmacias atienden por la ventana y muchos de los sitios contemplan una mampara de acrílico o de papel film para separar el mostrador del cliente. La distancia mínima debe ser mayor a un metro. Y eso se advierte hasta en los buses, donde quedan separadxs los conductorxs con unas cintas plásticas, esos que indican peligro en letras rojas y negras, y que se utilizan en los casos policiales. El tema es aislar a las personas para no propagar el virus. Es lo que más se escucha en esos minutos de espera para comprar algo y se reitera en los medios de comunicación y redes sociales las 24 horas. La señora de enfrente pasea a su perro con el barbijo puesto. En la farmacia sigue habiendo cola fuera del local y aquí no se atiende con barbijos. El servicio público de transporte funciona al 50% y todas las personas ascienden y descienden por la puerta trasera.

Soy argentina y llevo dos años y medio aquí, a la espera de residencia en un país en Estado de alarma y hasta la fecha, el segundo con más casos de coronavirus de Europa. Porque si bien tiene una supuesta baja mortalidad, según los expertxs, el virus va mutando. En España ya hay unos 12 mil infectados (el jueves 12 de marzo había tres mil confirmadxs) y este martes 17 se registraron 150 muertes sólo en un día. Según leo, en una residencia de adultos mayores de Madrid hubo 17 fallecidxs sólo en un día. Lxs viejxs son los más castigados, por eso aparecen las llamadas desesperadas, la congoja e incertidumbre sobre si serán atendidxs, si deberán quedarse solxs en caso de contagio, sobre todo en sitios donde el crecimiento vegetativo es mayor respecto a la media de Latinoamérica, por ejemplo. Quizás por miedo al abandono y otros temores escucho muchos mensajes y en la radio esta mañana. También oigo a la dueña del piso donde vivo, que discute con su madre algo mayor. Ella va cada día a dejarle comida y a darle un baño, pero pasa la cuarentena en nuestro piso compartido. No compartimos cenas ni espacio en la mesa, pero cada tanto hacemos encuentro de sobremesa. La otra, más joven y de origen asiático, vive aquí desde hace poco, sonríe y apenas me habla. Trabaja como traductora del inglés al japonés y come en su habitación. Nos vemos poco, aún en la cuarentena. Pienso mucho en estos días en que no sólo empezamos a conocer mejor con quienes convivimos hace tiempo —y que por razones de horarios y demás prácticamente no nos vemos— sino que también empezamos a ver a nuestrxs vecinxs. Que eran perfectxs desconocidxs en una ciudad y un barrio como el Eixample, que en los últimos años producto del boom turístico se ha convertido en una suerte de gigante Airbnb. Hoy nos encontramos en los balcones. Al menos nos empezamos a ver las caras cuando empieza a oscurecer el día, cuando los aplausos se convierten en una orquesta en las alturas y al rato los balcones son los espacios de máxima sociabilidad.

Seguramente ya comenzará algunx a decirme: “Y por qué no te volvés?”. Quizás las mismas personas que hasta hace poco me decían: “Vos sí que estás bien allá, en el primer mundo. Y con euros”(?). Por suerte, me río. Y pienso que tengo un lugar donde dormir y que no hay enemigos en mi hogar como les pasa a muchas mujeres y amigas, quienes deben convivir con sus parejas o ex parejas. Hasta los juicios se suspendieron y si bien hay teléfonos para llamar por temas de violencia machista, los casos son varios y algo complejos cuando indagamos.

Este martes, el presidente de España, Pedro Sánchez, acaba de decretar una serie de medidas económicas destinadas a palear la crisis que ya se siente y destinará unos 200 mil millones de euros. También la Unión Europea confirmó el cierre de las fronteras a los extra comunitarios. Mientras tanto, bajo al supermercado que está debajo de casa y todo se parece bastante a una escena del laboratorio de la serie *Breaking Bad* pero sin drogas. Las repositoras y la cajera llevan puesto ese traje pero en color blanco pulcro parecido al de científicx con antiparras y máscara. Sé que está molesta por verme ahí comprando pan. Sé que quiere irse a su casa. “La histeria de la gente es el verdadero virus”, dice. Es todo muy rápido y caótico. Hace apenas una semana estábamos en las calles cantando y bailando en el encuentro que nos reúne a miles cada #8M. Pero los días, y la información

como la propagación del virus pasan volando. Y la incertidumbre sobre cómo nos afectará en este presente también es acelerada.

Una amiga me dijo el sábado: “El futuro es el pasado”. Y me quedé pensando en esa magnífica frase. Y sí, a pesar de todos los avances y de la llegadas de valiosos aportes en sueros desde Cuba, que se probaron con éxito en China; la administración de un antiviral para casos leves de Covid-19, que se ensaya en Cataluña o la vacuna que se supone que se disputarán las farmacéuticas, miramos para atrás. Y el arsenal literario nos queda corto. Desde *Ensayo sobre la ceguera* de Saramago, *La Peste*, de Albert Camus, *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, *Las niñas salvajes*, de Úrsula K. Le Guin, hasta [Years and years](#), o cualquier distopía al estilo *Black Mirror*, que hayamos consumido en los últimos años, quizás nos devuelva algún aporte para pensarnos entre lo literario y lo que llamamos real.

¿Cómo nos afectará la vuelta al mundo de lo real desde la percepción y los sentidos? Desde el tacto en esta suerte de simulacro de la biopolítica? Cómo podría denominar esto que siento? ¿Qué palabra? ¿Cómo nos afectará un sistema que se termine de adueñar de nuestras vidas, de nuestra salud, de nuestros movimientos, de nuestros deseos? ¿Y cómo se reconfigurará nuestra seguridad? ¿Seguiré teniendo sexo virtual? ¿Será mi nuevo modo de ingresos como trabajadora irregular en esta crisis que sabemos que se extenderá? Aún adeudo el pago de nuestra última edición a imprenta del periódico

ilustrado, autosugestionado y colectivo que editamos en Barcelona y que ya está en Argentina ([Femiñetas](#)) en cuarentena. Cómo nos llevará puestxs esta crisis que ya venía muy fuerte antes del efecto coronavirus y cómo serán las políticas sociales para lxs más destrotegidxs, las mayorías que esperamos un Estado de bienestar que acompañe. Qué sucederá con lxs miles de refugiadx que esperan abarrotados y de a miles en las fronteras, hoy cerradas por la pandemia. Cómo responderán las decisiones de aislamiento tomadas en Argentina, que tuvieron rápida reacción para que el virus no se expanda. ¿Se colabora en las medidas? Son demasiadas preguntas para seguir, pero sobre todo, me invade la de saber cómo responderemos a la dificultad que conlleva aislarnos al menos en lo sensitivo, en el modo en que entendemos lo real. Qué extrañeza y felicidad nos quedará en aquello cotidiano. Desde besarnos, darnos las manos o intercambiar fluidos con un otrx, hasta la idea de montar en la bici y salir a pedalear por ahí. O esa figura que hasta hace días repetía todos los días: correr hacia el bus para llegar a tiempo, incluso a un ritual que de tan sencillo más entrañable: encontrarnos desde este lado del mundo a tomar unos mates. De algún modo el deseo inexorable de salir de lo virtual para apreciar de nuevo los sentidos. Dejar de mirarnos con sospecha. Dejar de vernos como un virus. Y de sabernos ridículamente vivos en lo que quede de este planeta. O —más bien— en lo que quede de nuestra humanidad en la Tierra.

Todos moriremos en Hollywood

(Otra zapada)

Por Beatriz Vignoli y Adriana Briff

CORO 1. Adriana

(Desde San Francisco)

Me despierto en el silencio de las 5 de la mañana. Ayer fue un día raro. Gente en la calle, matrimonios grandes, mujeres paseando perros y señores musculosos y bronceados corriendo por la Bahía. El agua sigue calma. Ayer los sonidos eran demasiados para imaginar una pandemia. Ayer, en las calles, vi el virus de clase pasearse al sol. Este virus invisible “te achicharra los pulmones” dijo un doctor español, con la voz cortada del dolor y su acento de España Sur. A la clase trabajadora, a la que el virus ha parado, congelado en su economía, le ha ya achicharrado el bolsillo.

Entonces al desnudo, al descubierto, el esqueleto social sale al sol como un mapa de la injusticia. Los ricos pasean mientras que el obrero, el migrante, el trabajador en situación de precariedad, mira con horror el paso lento de las horas. Atrapado en ese reloj de arena, sin manos para invertir el tiempo, se pregunta “cómo sobreviviré”.

Llevamos una semana.

La torpeza y la bestialidad se han visto en los negocios que venden armas. Y se cierra el país, si el virus avanza, si el desabastecimiento llega a los negocios y los pobres en la desesperación toman las calles, ellos ya tienen la respuesta. Disparar.

La gran potencia ha desarrollado la síntesis de que esa es la lucha de clases. Concreta, bestia y literal como el presidente que han elegido para acortar la vida de las plantas, de los bosques, de la tierra que tan generosamente nos sigue alimentando.

En el misterio de la incertidumbre me pregunto si el virus será nuestra dialéctica superadora, nuestro aliado para construirnos y liberarnos de la opresión de las bestias.

Entonces vuelvo al día de antes de ayer, cuando desde un celular, llegaba tu energía y escribíamos a cuatro manos, por el Golden Gate, guiadas por los pasos de Dante.

“Bien puesto su nombre” nos dice la Bea. “Dante y Virgilio hacen su viaje chamánico y se encuentran a Beatrice en el supramundo”.

Atravesamos el puente caminando. Con una mano recorto el espacio para que los ciclistas y los largos brazos que Dante aletea al rugir de los autos, no sean un conflicto. Un ciclista percibe el gesto y sonríe agradeciendo con la cara.

Me pregunté tantas veces, al cruzarlo en mi auto, los domingos a la tarde, volviendo de Mill Valley: “¿Cómo se puede querer tanto a un puente”? El Polaco Goyeneche canta a viva voz: “no te olvides de mí, Grisel, Grisel”, dos lobos de mar se hunden en las aguas profundas y los pasos de Dante atraviesan la luz.

Una nube enorme sostiene el cielo azul. Desde el sur, los rayos de luz destellan el color del puente. Naranja como los atardeceres, como el fruto de los jugos que protegen, como esa clase obrera sentada haciendo equilibrio, en los años de la depresión con sus magros almuerzos. Vuelven a reír ahora con sus dientes malogrados, sus ropas enormes y arrugadas, sus manos recias de callos y metales.

Ha parado el mundo. El espacio vuelve. Las dimensiones se atraviesan.

Seguimos caminando unos minutos más antes de volver a ese lugar que imaginamos seguro después de lavarnos las manos.

“¿Cómo se puede querer tanto a un puente?” Y ahora, mirando la infinitud escucho la voz de Bea que me dice “no es un puente, es un portal”.

CORO 2. Bea

(Desde Rosario)

“¿Te acordás del silencio?”, le pregunto a E. en medio de la luz del mediodía. Sentí el silencio, ¿lo oís? Hace cuarenta años, cincuenta años, los domingos tenían este silencio. No sé si era igual, pero yo siento la misma sensación. Un silencio profundo.

Dice E. que no se acuerda. Yo en realidad no sé si lo recuerdo. Sé que la sensación se parece. Dice E. que yo estoy “reviviendo” aquel silencio. Me gusta la palabra. No es recordar, es revivir. Había kioscos de revistas, los domingos. Había restaurantes. Había más que ahora y sin embargo aquella profundidad de silencio es la misma en mi cuerpo. Un silencio que había olvidado. De repente vuelve. “Ha parado el mundo”, escribe A.

Con E. vamos por el barrio buscando comida. E. me presta 80 pesos para terminar de pagar las provisiones de la granjita: la hermandad de las pobres, el día a día de las pobres, el ruido de la pobreza en el cerebro, mi rutina de los últimos 35 años.

Había silencio antes. El silencio ha vuelto. He vuelto a caminar por una calle por donde pasaba 35 años antes. No reconozco la casa que visitaba entonces pero la zona en general sigue igual, como si el tiempo no hubiera pasado. La granjita se sostiene, es idéntica a sí misma. Las costumbres de la granjita tienen la misma amabilidad del siglo pasado. Me fían sin conocerme. Les compro queso. La palabra “lácteos” aún no existe. La granjita es un túnel del tiempo, por donde entro al siglo pasado. ¿Será un portal?

Como los chamanes del antiguo México, A. percibe corrientes de energía. Siente que el

espacio ha vuelto al mundo y yo siento que ha regresado el silencio. El mismo que había a nuestro alrededor cuando la profesora de Filosofía nos explicaba el espacio y el tiempo según Kant, y yo saltaba de alegría como si estuviera en un recital de rock.

El puente Golden Gate es un puente y es un portal. Las dos cosas. Depende en qué dimensión estés percibiendo. Gate significa portal. Mi viejo lo pronunciaba como se escribe. Un chiste: el gato de oro. Nos reíamos. Mi viejo estuvo ahí, mi madre también, la madre del amor de A., también. Todos quedaron de este lado, aún en esta orilla.



Apnea Seca

Por Georgina Ricci

Prólogo. Hace 24 horas las organizadoras de este proyecto me contactaron para invitar a escribir un texto de “[...] hasta 6.0000 caracteres sin espacios, 3 páginas, aproximadamente [...] escritos en letra Arial, tamaño 12, interlineado 1.5.” En primer lugar agradecí la consideración e intenté sacarlas del equívoco de incluirme en este llamamiento. ¿Qué tengo para decir? Creo que nada. Sin embargo, la madrugada me encontró en una verborragia solipsista volviendo sobre una serie de escenas personalísimas e intrascendentes.

Confinamiento. Escucho en la radio a un periodista quejarse del aislamiento. Algunos amigos añoran el río. Me cuesta compartir esa ansiedad por el afuera. Necesito precisar: no es que no desee salir, es otra cosa. Se trata de abonar una suspensión. De un paso impostergable por la anomalía. Sostener nuestro encierro me permite sintonizar con dignidad la posibilidad de la muerte. Aunque no sea yo, aunque no sea aún nadie que conozca: la muerte anda ahí incrementando las estadísticas. Algunos —con tono omnipotente— me dirán que ese incremento es marginal. Sin embargo, como cualquier marginalidad, se convierte en dramática cuando se vuelve propia.

Calditos de Wuham. No puedo salir de la sorpresa que me genera la velocidad con que algunos intelectuales han producido pensamiento —e incluso construido trincheras— en torno a la pandemia. Me pregunto si no estaremos reciclando textos y reemplazando viejas palabras. Intentando encajar la realidad en la letra de nuestros manuales. La velocidad inercial impuesta por el sistema académico parece inmune al silencio, al encierro, a los muertos. Miro hacia afuera a través de mi ventana, la calle está vacía.

Sábalos en el Ludueña. Hace días que recibo imágenes y videos sobre el reverdecir de la naturaleza en las urbes despobladas. Pareciera que si un pato o una manada de delfines deciden conquistar los canales anómalamente tranquilos de Venecia el resto del planeta debe demostrar que sus bestias vernáculas hacen lo propio y pasean muy orondas por peatonales, parques y riachuelos. ¿Qué significa exactamente este afán por mostrar a la naturaleza victoriosa? ¿Su triunfo más rotundo no se encuentra en el eficiente avance del SARS-CoV-2? Tal vez se trate de empezar a desmontar el constructo que nos vuelve siempre extranjeros a esta tierra.

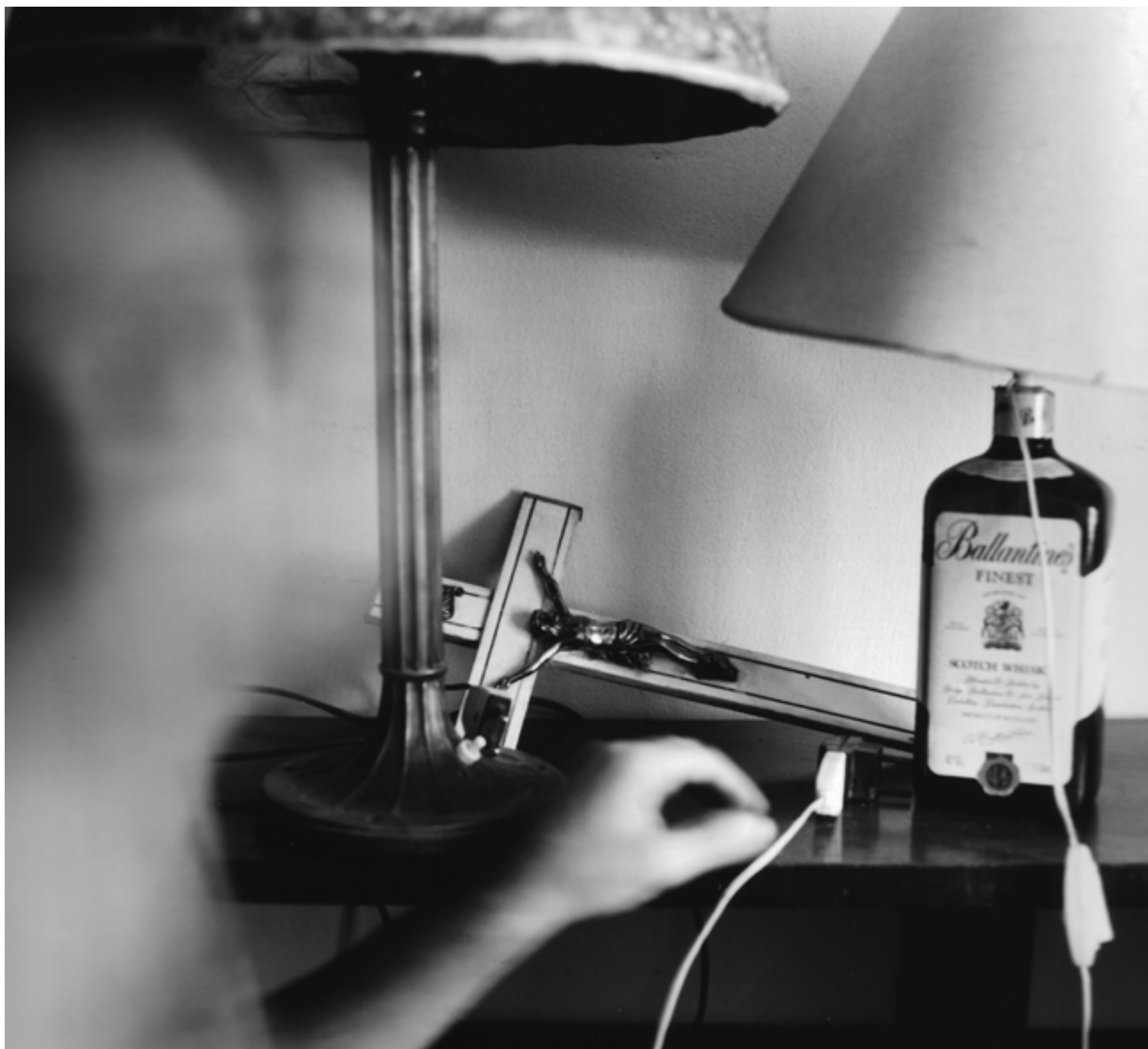
Apnea. Los días podrían parecer —hoy que vamos por nuestra décima octava jornada— casi normales: el trabajo restituye cierto ritmo a las horas. Pero en esta meseta cotidiana (cuando el número de infectados no parece todavía dramático), cuando nos vamos acostumbrando a los metros cuadrados que nos permite el salario y logramos alcanzar pequeños éxitos domésticos, aun así contenemos la respiración. No hay futuro, fantasear con un después es pecado. En puntas de pie, con el abdomen apretado, nos mordemos los labios. Estamos sosteniendo esta escena frágil.

Cobija mineral. Hace algunos días murió una amiga. No sentí nada. No me avergüenza decirlo, incluso creo que debo decirlo. Sigo sin poder sentir ahora. Es relativamente sencillo habitar la inminente catástrofe: debemos alimentarnos, dormir, preservarnos de los riesgos. Una parte de nosotros está ocupada en ordenar la rutina de la otra parte que todo desconoce. Nos ocupamos de nuestra fisiología. Intentamos ocuparnos de alguien más pero el alcance es fútil.

Bitácora. Fase 0: corren los primeros rumores de una imposible cuarentena, cierran los primeros espacios de sociabilidad. Para algunos es totalmente inverosímil la calamidad, otros hacemos compras de alimentos que no consumimos con asiduidad pero que portan la promesa de lo imperecedero. // Fase 1: primeros días de encierro. Constitución de pequeños nuevos rituales de higiene. Consumo bulímico de noticias y artículos sobre la Covid 19. Acoso a decena de amigos y familiares con datos, audios, artículos y reflexiones apresuradas. Coordinamos con los vecinos nuevas lógicas de convivencia, el encierro nos hace cuestionar los límites entre el espacio privado y el comunitario. // Fase 2: modo suspensión de actividades. Dormimos más, me permito placeres pecaminosos como ver telenovelas foráneas. No salgo de la ropa con spandex o la friza suave de los buzos viejos. Comienzan los experimentos culinarios que alumbran panes, yogures caseros y otros logros que intuyo serán olvidados en el futuro. Florecen los hidratos de carbono y el consumo de memes alcanza su pico. // Fase 3: el teletrabajo nos aliena: volvemos a las viejas costumbres. Fracasas definitivamente todos los planes de mejoras del hogar que soñamos en la fase 1. Abandonemos las clases de yoga, las rutinas de Tabata y las sesiones de Cxworx. Comprendemos que aún en la excepción se trata básicamente de nosotros mismos.

Vacuna. A fines del año pasado compré un rompecabezas de cinco mil piezas. Es un juguete para adultos excesivamente oneroso que tiene como principal dificultad ocupar una superficie de 1,5453 metros cuadrados. Destinar esa porción del espacio durante una cantidad extensa de días es un proyecto a estudiar y consensuar con los cohabitantes

del domicilio. Ese puzzle (aun con su nylon protector) espera agazapado. He decidido preservarlo de la pandemia a costa de privarme de una afición absorbente y superlativa. Trato de sostener alabeadas la experiencia del confinamiento —el horizonte de la enfermedad— de aquellas actividades más personales, inservibles y placenteras. Ejercito un resguardo del erotismo que me inmunice de la afectación de lo que me gusta.



Coronafake

Osvaldo Aguirre

El informe “Fue el hombre, no el murciélago”, presentado el 1º de abril en el programa ADN Periodismo federal, de C5N, provocó entre otras reacciones un fuerte repudio en las redes sociales y una declaración del Inadi ante “el claro contenido judeofóbico” del programa. Sin embargo, la teoría conspirativa que puso en el aire para supuestamente explicar el origen del COVID-19 sigue en pie, inmune a las refutaciones y ahora revestida del halo de una verdad inconveniente que compromete a los poderosos.

Tomás Méndez, el conductor, pidió disculpas “al pueblo judío, si es que se sintieron ofendidos”. Pero no se rectificó de sus afirmaciones, según las cuales, entre otras cuestiones, el COVID-19 fue creado en un laboratorio por científicos chinos; China y EEUU sabían del experimento desde 2015; Bill Gates fue uno de los financistas; “querían meterlo (no dijo quiénes) primero en Brasil”, antes de que se manifestara en la ciudad de Wuhan. “Vamos a suponer que el informe de RAI no es lo que es. ¿Y las otras pruebas? ¿Y lo que sabemos, pero no hay tiempo para TV?”, escribió Méndez, desafiante, desde la cuenta de Twitter de su programa.

El informe resultó revelador por razones muy distintas a las que imaginaron sus productores: es un ejemplo notable sobre cómo se construye una información falsa y, al mismo tiempo, constituye un síntoma de un estado del periodismo que parece potenciarse con la pandemia: el tráfico de contenidos pseudocientíficos revestidos de un carácter de verdad y de explicación final de los hechos más allá de la ciencia y de la política.

A pesar de la reivindicación de la actividad científica, presente en la expectativa pública que reconoce a los científicos como los especialistas capaces de encontrar soluciones para la pandemia, los contenidos pseudocientíficos y la instigación del miedo forman parte desde hace tiempo de la agenda y de los recursos periodísticos, no ya en espacios marginales o a través de voceros conocidos como pregoneros de odio, sino en medios prestigiosos, socialmente valorados. ADN, “el primer programa de periodismo federal”, se caracteriza de hecho por presentar investigaciones y ejercer un periodismo de denuncia que, pese a su estridencia o tal vez gracias a ella, goza de credibilidad.

El informe –puede verse en YouTube, donde es compartido como si fuera una verdad prohibida– construyó un relato con partes de un programa emitido por la RAI en 2015, una portada de la revista The Economist de 2018, registros de Event 201

–un ejercicio de pandemia mundial multimedia, realizado en Nueva York– e imágenes de la situación actual en Guayaquil, con muertos por la pandemia en las calles.

El montaje de esas partes es un modelo de cómo se fabrica una noticia falsa: los registros originales no tienen ninguna relación entre sí, están desconectados y además se los fragmenta con prescindencia de la totalidad en que se inscriben; las referencias invocadas carecen de datos básicos en cualquier informe periodístico (identificación de personas y circunstancias) y aparecen sesgadas (el programa de la RAI fue desconsiderado por la propia RAI, ya que el experimento no se refería al COVID-19 pero ADN no hizo referencia a esa aclaración); la edición del material visual produce sobresignificaciones para apuntalar la línea de sentido (así, el informe distorsiona en blanco y negro el pasaje en que un presunto vocero de Event 201 aclara que se trata de una ficción, como un guiño para que el espectador advierta que se debe entender lo contrario).

La unidad y la coherencia del relato están dadas desde el principio, por la presentación del programa (“fue el hombre, no el murciélago”), reforzada por los graphs (“Coronavirus, la pandemia fabricada por las potencias”, “parece una película, pero es la realidad”, etc.) y sobre todo por las intervenciones del narrador, el propio Méndez, que apela a la audiencia, como buena parte del periodismo televisivo actual, con lenguaje agresivo: “garcas”, “mierdas de personas”, “hijos de puta”, calificativos destinados a los presuntos conspiradores mundiales y cuya reiteración cohesiona idealmente a una audiencia que se abroquela contra “las familias hiper millonarias” y “los ricos” que serían los responsables de la pandemia.

El programa, así, impone como punto de partida el sentido de lo que se va a observar. No promueve un proceso de reflexión en el espectador sino más bien la digestión de una presunta noticia que se presenta cerrada y cuya espectacularidad induce una especie de obnubilación del pensamiento. El lenguaje agresivo del presentador refuerza ese carácter, al apelar al miedo: “El virus fue pensado. Mirá lo que está pasando en Ecuador”, dijo Méndez, sobre las imágenes de cadáveres en las calles de Guayaquil, y para contribuir mejor a la confusión general: “Son los dueños de tu vida”.

El regreso de Nostradamus

Los esfuerzos periodísticos para la cobertura de la pandemia incluyen también una relectura de Nostradamus, para encontrar, por supuesto, una profecía de la situación actual: “La gran plaga de la ciudad marítima. No cesará hasta que se venga la muerte. De la sangre justa, condenada por un precio sin delito”. La oscuridad del texto parece habilitar cualquier interpretación y compensar los déficits de la realidad, como el hecho de que Wuhan no sea una ciudad marítima.

Si las profecías clásicas no son rendidoras también hay un “Nostradamus del coronavirus”, como suele ser llamado Tomás Pueyo, un ingeniero español radicado en EEUU

que se arroga o al que numerosos medios le adjudican el hecho de haber anticipado los estragos de la pandemia.

Pueyo no es epidemiólogo ni virólogo, sino creador de aplicaciones. El prestigio que lo rodea tiene rasgos característicos de los argumentos de autoridad de la pseudociencia: se supone que posee un estado de conocimiento o de anticipación superior al de la ciencia, su triunfo tiene lugar allí donde “la mayoría de los epidemiólogos ha fracasado”, según uno de sus panegíricos; se atribuye una influencia privilegiada, porque “impacta en la toma de decisiones de gobiernos y empresas”, como lo presentó Página 12 al publicar el primero de sus artículos, “Por qué tenemos que actuar ahora”.

Ese artículo, y el siguiente, “El martillo y la danza”, tuvieron hasta el momento alrededor de 40 millones de descargas. Mucha menos difusión recibieron los textos de científicos que cuestionan sus afirmaciones y sus modos de análisis, como la investigadora del Conicet Lucía Álvarez.

Pueyo no cuenta con antecedentes médicos de ningún tipo, sus publicaciones previas versan sobre cuestiones muy distintas: “Cómo escribir un discurso divertido”, “Cómo manejar las expectativas de los CEOs”, “Qué aprendí construyendo un horóscopo que estalló en Facebook”, “Las 12 reglas de la viralidad” (sobre cómo viralizar información, conocimiento que evidentemente acredita con la difusión de sus textos sobre el COVID-19) y “Qué aprendí construyendo una aplicación que estalló”.

También dio una charla TED sobre cómo contar historias. En efecto, sabe cómo atrapar al lector desde la primera línea: “El coronavirus está yendo hacia a ti –escribe–. Lo está haciendo a velocidad exponencial: primero gradualmente y luego repentinamente. Es cuestión de días. Quizás una semana o dos. Cuando llegue, tu sistema sanitario estará saturado. La gente tendrá que ser atendida en los pasillos. El personal sanitario estará agotado”.

Pueyo apela también al pánico como factor de persuasión, pero resulta convincente por la profusión de gráficos y estadísticas que incluye en sus artículos. Sin embargo, “usa un método que impacta por el gran número de casos reales versus casos oficiales (miedo: hay muchísimos más casos dando vueltas que los que en realidad se detectan) y usa otro método que impacta por la alta tasa de mortalidad (miedo: se muere muchísima más gente por COVID-19 que por la gripe común)”, dice Álvarez.

“Los diarios también deberían chequear la información que comparten, pero esto ya es más utópico”, agrega la investigadora del Conicet.

Los factores de la verosimilitud

¿Por qué puede resultar verosímil la teoría de que el COVID-19 tuvo origen en un laboratorio? No solo lo creen personas comunes, sino funcionarios importantes.

El informe “Fue el hombre, no el murciélago” –debería estudiarse en las carreras de periodismo– es también revelador en ese sentido. El segmento acude en primer lugar a estereotipos que provienen del basurero de la historia pero que, sin embargo, funcionan para sostener teorías conspirativas: la figura del científico loco o desaprensivo y los experimentos fuera de control (las teorías pseudocientíficas le reservan generalmente ese lugar al científico) y la asociación de los judíos con un poder secreto internacional (en el caso de ADN revestida de una pátina populista, ya que se trata de embestir contra los ricos) son creencias que pueden darse por sobreentendidas en determinados contextos, como el que creó el programa.

Tomás Méndez dijo que la portada de la revista *The Economist* de 2018 –con predicciones para 2019– tenía varios aspectos significativos: la fotografía de Donald Trump, una caricatura que retrataba al presidente chino como mentiroso y los dibujos de un oso panda y de un pangolín. No explicó qué era lo significativo de esas imágenes, ni qué razones daba la revista, pero cubrió el vacío con el argumento conspirativo: *The Economist* –“como todos saben”– pertenece a la familia Rotschild, “que además tiene intereses en la Reserva Federal de EEUU”, es decir, sería el verdadero poder, y “estas familias hipermillonarias son las financieristas”.

La edición del material fue tan burda que Méndez tuvo que alterar la fecha del Event 201: dijo que fue un año antes de la pandemia, cuando en realidad la precedió en dos meses. La idea de que la conspiración reunió entonces a 120 empresarios puede verse como una reformulación de uno de los mitos fundadores del antisemitismo, un nuevo eco de la fantasía de que un supuesto sabio de Sion expuso en un cónclave cerrado a los jefes del pueblo judío el plan para adueñarse del mundo.

El objetivo del evento realizado en Nueva York fue en realidad prevenir una situación de pandemia y entre sus conclusiones se destacó el compromiso económico que debía prestar el sector privado.

Mientras las explicaciones científicas pueden resultar complejas y requerir un tiempo de comprensión, los argumentos pseudocientíficos son simples e impactantes. Ese aspecto de “color” los hace también atractivos para el periodismo. Los estereotipos y las tramas conspirativas son de asimilación inmediata, porque remiten a un fondo difuso pero conocido de prejuicios y sobreentendidos que deben ser desmontados. Y ahora se alimentan del miedo a la pandemia, el virus que se propaga en el cuerpo social.

Un mundo nuevo y feminista

Sonia Tessa

¿Por qué seguimos oponiéndonos a tratar a todas las vidas como si tuvieran el mismo valor? (...) El ideal ahora debe mantenerse vivo en los movimientos sociales que están menos interesados en la campaña presidencial que en la lucha a largo plazo que nos espera. Estas visiones compasivas y valientes que reciben las burlas y el rechazo del realismo capitalista tenían suficiente recorrido, llamaban la atención, provocando que un número cada vez mayor, algunos por primera vez, desearan un cambio en el mundo. Ojalá podamos mantener vivo ese deseo. Judith Butler ¹

Marzo de 2020. Un fantasma recorre el mundo. La frase tan remanida del Manifiesto comunista de 1848 se reactualiza una vez más porque ese enemigo silencioso, esa entelequia contra la que el planeta se declara en guerra ya no es una ideología, un movimiento político, sino un virus, ni siquiera un organismo vivo, apenas un residente indeseable que necesita de nuestras células para reproducirse. El combate es al interior de cada uno, pero va tomando a los estados nacionales, a los supranacionales como la Unión Europea, se definen estrategias sobre la marcha. Del negacionismo al terror, las emociones manejan buena parte de las decisiones públicas y privadas. Encerrarse, alejarse del otro que puede traer el contagio, son las estrategias que prescriben sanitaristas de todo el mundo, desde la Organización Social de la Salud hasta el médico que aparece todos los días por Telefé. El temor es el siguiente paso.

Quedate en casa se convierte en consigna global y la nostalgia del mundo que promovía la circulación infinita es una tentación continua. Era lindo viajar, pero había que tener dinero. Hace algunos años, en la puerta de un centro cultural anarquista de Amsterdam, leí una apelación directa a les turistas que se paraban ante la fachada negra para leer sus mensajes. “Usted puede viajar porque tiene los papeles correctos: dinero”, espetaban.

No hace falta ser una persona muy informada para recordar los miles de muertos en los barcos que traían desesperados migrantes de África a Europa, en el mediterráneo, los campamentos de refugiados, la inhumana matanza que día a día millones de ciudadanos (y ciudadanas) europeas miraban impávidos porque, total, no les iba a pasar. Allí la amenaza venía de lejos y muchas veces ni llegaba.

La desconfianza hacia el otro, le otre, siempre estuvo presente. La única diferencia era que el otro estaba distante, era diferente. Ahora es omnipresente. Cualquier vecine, amigo, familiar, puede contagiar (me).

Quedarse en casa es una apelación que para las mujeres, para algunas más que otras, pero históricamente para todas, tiene un contenido de tal segregación al espacio privado

que enseguida despierta las peores sospechas. ¿Me quedo en casa si estoy inmersa en una relación violenta, donde la desigualdad estructural entre los géneros que cimentó mi relación de pareja estalla ante el encierro obligado? ¿Me quedo en casa desinfectando con lavandina y alcohol al 70 por ciento hasta el mínimo objeto traído del exterior como si no lleváramos décadas diciendo que las tareas de cuidado son trabajo no pago? ¿Me quedo en casa atendiendo la demanda sin límites de los niños que creen tener a mamá todo el día para ellos?

El slogan global será muy útil desde el punto de vista sanitario, pero puede ser una trampa mortal.

En el mundo de los medios masivos de comunicación, se corren distintas carreras: quien cuenta mejor los muertos, quién cuenta las historias más conmovedoras y quién entrevista al filósofo que puede prefigurar con mayor certeza –como si la hubiera alguna vez, y como si pudiera haberla en este momento– el mundo que se viene. Uno de los filósofos de moda, el israelí Yuval Hariri ², se entusiasma con la incorporación para siempre a los robots en la atención médica (sí, lo mismo que decía el ex presidente Mauricio Macri, que no tendrá ninguna dote comunicativa pero sabe perfectamente qué clase de mundo le interesa).

La crisis sanitaria subraya también la necesidad de un Estado fuerte, de políticas igualadoras que den el mismo valor a todas las vidas. Pero también, más que nunca, de estados que contemplen en sus diseños políticos a mujeres, niños, adolescentes. Estados defiendan la vida digna de ser vivida. Un estado que cuide, se postula en la Argentina, y es bienvenido, sin metáforas familiares.

El coreano Byung-Chul Han es pesimista: en la vigilancia digital, tan desarrollada en China, y aprovechada en esta pandemia, asoma un peligro de un estado policial digital exportable. “El virus no vencerá al capitalismo. La revolución viral no llegará a producirse. Ningún virus es capaz de hacer la revolución. El virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte” ³, le responde el coreano al esloveno Slavoj Žižek ⁴, cuya confianza en la caída por motivos médicos de un sistema con tanta capacidad de reinención como el capitalismo resulta pueril.

Ningún virus hará la revolución internacional necesaria para desarmar relaciones económicas, de explotación, de poderío simbólico y cultural (casi) omnisciente, de circulación y extracción ilimitada como es esta fase del capitalismo.

Para encarnarla, hacen falta movimientos sociales lo suficientemente fuertes, masa crítica global, la posibilidad de convencer a buena parte de la población sobre la viabilidad de otro sistema de vida. Algo que vienen haciendo los feminismos a lo largo del mundo. Luchadoras de toda América Latina, de Estados Unidos, de África, de Europa, vienen sumando sus voces para discutirlo todo. No todos los feminismos son anticapitalistas, es verdad, pero también lo es que el coronavirus ha puesto en la agenda algunas de aquellas

cuestiones que el ecofeminismo plantea desde hace mucho tiempo, y que buena parte de la población no quería oír, o escuchaba con sorna, como las consecuencias de la explotación agrícola-ganadera extensiva en la sostenibilidad de la vida humana ⁵.

Ahora podemos ver –las grandes mayorías pueden ver– el rápido efecto que una puesta en pausa del sistema de producción y consumo capitalista tiene sobre el planeta. ¿Se seguirá viendo cuando la muerte deje de ser una posibilidad concreta, cuando la falta de respiradores para todes deje de consumir las buenas conciencias?

El eco-feminismo no es una rama accesoria del movimiento político y social más potente del siglo 21, es mucho más que eso. “Si la crisis ecológica actual está directamente vinculada con el capitalismo, también reproduce y agrava la opresión de las mujeres. Las mujeres están en la primera línea de fuego de la crisis en curso: ellas representan el 80% de lxs refugiadxs climáticxs (...) Pero las mujeres también están en la primera línea de las luchas contra la catástrofe ecológica en ciernes” ⁶, se escribe en Feminismo para el 99%, Un Manifiesto, un año antes de la pandemia.

Ahora, son también las mujeres las que están en la primera línea de combate a la pandemia más oscura y sigilosa que se vive en América Latina: la del hambre, la de la ruptura de las estrategias de supervivencia y también en la organización social que –depende los países, con mayores o menores aportes del Estado– se va tejiendo para sobrevivir entre todes. Son también las mujeres las agentes sanitarias: mayoría de enfermeras y de médicas, una profesión cada vez más feminizada al menos en Argentina.

Un mundo para todes es necesariamente un mundo que deje de sobreexigir a las mujeres. Si hay alguna esperanza en otro mundo después de la pandemia, esa esperanza sigue estando en los feminismos. No habrá magia. Hay feminismos populares organizándose a lo largo y ancho del planeta, pero especialmente en las comunidades más vulnerables de Nuestra américa, para que la vida sea posible. Esa organización, la creación de poder popular, es el único sustento para imaginar otro mundo.

¹ El capitalismo tiene sus límites, por Judith Butler. Publicado en versobooks.com y traducido al español por Anabel Pomar para lavaca.org, 19 de marzo, 2020.

² <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/yuval-noah-harari-la-falta-de-solidaridad-global-y-de-liderazgo-representa-un-peligro-inmenso-para-la-humanidad-nid2350906>. Entrevista a Yuval Noah Hariri, por Hugo Alconada Mon, La Nación, 5 de abril de 2020.

³ La emergencia viral y el mundo de mañana, por Byung-Chul Han. Publicado en El País, 22 de marzo, 2020

⁴ Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de ‘Kill Bill’ y podría conducir a la reinvenición del comunismo, por Slavoj Žižek. Publicado en Russia Today, 27 de febrero, 2020

⁵ <https://www.pagina12.com.ar/256569-no-le-echen-la-culpa-al-murcielago>. Entrevista de Claudia Korol a Silvia Ribeiro, en Página 12, 3 de abril de 2020.

⁶ Feminismo para el 99% Un Manifiesto. Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Nancy Frazer, Rara Avis, Buenos Aires, 2019

La vida aterradora y la bella

Virginia Giacosa

¿Te acordás cuando el coronavirus no era un influencer? Qué hermosas épocas, mamá, dice mi hijo de 8 años. El comentario me saca del limbo de espuma y agua en el que como una autómatas friego los platos. Me río de ese humor centennial que le aflora. Vivimos encerrados en un PH de pleno centro desde antes que comenzara el aislamiento obligatorio.

Cuando se suspendieron las clases empecé a trabajar desde mi casa y le dije a la niñera que se quedara en la suya porque su mamá es población de riesgo. Al principio aún se podía nombrar al virus, pero con el correr de los días la palabra quedó suspendida. “Coronacaca”, gritó hijo una mañana cuando alguien la mencionó en la radio.

Afuera es de noche y en los balcones aplauden. Adentro mi hijo llora porque no sabe cuándo volverá a ver a su papá. ¿Cuánto falta? ¿Cuánto dura esto? ¿Vamos a morir? Las preguntas retumban en las paredes, crujen como las alacenas de la casa y no tengo respuestas. Lo peor de todo esto es no saber cuándo se termina. No tener la certeza, la fecha de vencimiento. O como dicen los ingleses la dead line, ese límite que siempre me dio la horrible idea de muerte. ¿Nunca más vamos a salir? Nunca más es demasiado largo.

La hija de una de amiga cumplió 8 años en plena cuarentena. Lo iban a festejar en familia pero el aislamiento los empujó a suspender todo. La nena amaneció llorando. Como están separados la celebración fue en la casa de ella, soplaron la vela y cantaron el feliz cumpleaños por video llamada con los amiguitos. En comunicación con el papá hicieron una búsqueda del tesoro, también pantalla plana de por medio. Me pregunto si a mi hijo le tocará cumplir años en el encierro. Pero el que responde es él: “No quiero que mi cumple sea por [Zoom](#)”. Golpea la puerta del ascensor. Lloro. Lo abrazo y le prometo que todo estará bien.

Un abuelo le dice a su nieto: “Esto es una guerra y para ganarla nos tenemos que quedar en casa”. No me gusta la metáfora del combate, pero estos días me siento agazapada en la retaguardia. Las plazas quedaron vacías, mi calle que siempre es un bullicio a la entrada y salida de la escuela ahora es un desierto, los colectivos se mueven sin pasajeros como fantasmas que cruzan la ciudad.

“¿Mamá hoy vamos a sacar la basura?” La pregunta de mi hijo guarda la promesa de un paseo. Como si el ir al contenedor ya no significara una vuelta alrededor de la manzana, sino del mundo. Salgo con un paquete de toallitas desinfectantes en un bolsillo. Limpio el picaporte y abro la puerta mientras él corre desbocado hasta la esquina. El pedal del contenedor no funciona, tengo que usar las manos, lo termino tocando. Al instante me

pica la cara. No me tengo que rascar la mejilla. No me tengo que frotar los ojos. Siento que no sirvo para vivir en esta asepsia. Siempre me contamina aunque no quiera.

“¿Desinfectas las compras? No salgas con el nene. Si en una casa viven dos sólo uno es el que se traslada. Déjalo solo. Es un minuto nada más. ¿Sos loca? ¿Cómo que lo llevaste al mercadito?”, dispara mi mamá desde su trinchera.

Si me enfermo es culpa mía. Si enfermás al otro sos la culpable. Pasar del mundo de los sanos al de los enfermos no es sin costo. Es con rechazo y con mirada punitiva. Hago lo que puedo, me repito y bromeo con tatuarme la frase en alguna parte del cuerpo cuando todo esto pase.

Al mini mercado de abajo de casa hay que entrar de a uno y te rocían las manos con alcohol antes de pasar. “Hoy vino un médico a tu propiedad. Estuvo un rato largo, quisimos saber qué departamento visitó pero no nos contó”, me dice el cajero mientras pasa mi compra. Vivo en un edificio antiguo que está ubicado arriba del local de planta baja donde funciona el mercado. Hay cuatro departamentos y somos diez personas en total: siete grandes y tres niños. ¿Me tengo que preocupar? ¿Me lo dice para que me cuide o para cuidarse él? ¿Habrá alguien con el virus en esta comunidad? Pienso que desde ahora el edificio está marcado. “A mi casa no vino”, me atajo. Y salgo rápido, casi sin saludar, con una botella de lavandina, un par de bananas y un pedazo de queso abajo del brazo.

Cuando me voy entra una señora con un pañuelo tapando su boca. “Mirá, mamá, una mujer bandida”, dice mi hijo. “Sí, aprovecha que todos andan con barbijo para disimular y asaltarlos”, le respondo. Él se ríe a carcajadas. Se tira al suelo del pallier y sigue riendo. Enseguida me pongo en modo vigilante. Lo reto. Lo hago levantar del piso. Se enoja. Aunque haga el esfuerzo ni una broma me sale bien.

Sin solución de continuidad respondo correos, hago videoconferencias, escribo, juego al Ludo Matic y baldeo la casa de punta a punta. Me descalzo para sentir el agua fría en los pies como un reposo en medio de esta locura. “Hoy, no voy a salir/ Voy a quedarme en la nube donde nadie sube/ No vengas a molestar/ Dicen que está todo mal, bueno/ Yo estoy más que bien acá”, canta hijo a los gritos. Y como dice [Wos](#), la banda sonora de nuestros días en cuarentena, tampoco vamos a salir hoy de acá. No todo está tan bien, pero tampoco está tan mal.

“Perdoná que te lo diga pero agradezco que la cuarentena me agarró con el Marce y sin chicos chiquitos”, me escribe una amiga. Entre tanto desconcierto el único buen augurio que tengo es que me agarró con mi hijo cuerpo a cuerpo. ¿Cómo sería tenerlo lejos?

Las horas pasan lento. Un día se hace eterno. Todos parecen ser una sucesión de domingos. Acá no hay rutina que resista. A veces el desayuno se convierte en almuerzo. Lo único que se respeta es la cena. Comemos en horario europeo pero nunca nos dormimos

antes de la medianoche. Vemos una película, ponemos una canción en YouTube con la excusa de movernos, jugamos al chinchón o al [Uno](#). ¡No tendremos la vacuna pero qué gran invento es el Uno!, me escribe por Wathsapt una amiga. Pensamos que quien mentó ese juego de cartas que riegan los puestos de calle San Luis se merece un monumento. Pero las dos lo entregaríamos, sin dudarlo, a cambio de la vacuna.

Los días de escuela son el ritual perdido. Cuando esto empezó un amigo aterrorizado por la idea de morirse estúpidamente me dijo además: “Este aislamiento deshizo el pasaje de mi hijo a la adolescencia y a la secundaria. Me mata no poder cumplir con esa incipiente rutina que se esbozaba con él a principio de año”.

“Nos son vacaciones”, nos dicen a cada rato como si hiciera falta. Las maestras envían tareas. Mi hijo quiere volver a la escuela y estar con sus compañeros. Hasta hace dos semanas les decíamos que dejaran las pantallas y que fueran a la plaza. Que se alejaran del celular y que dieran una vuelta en bicicleta. Ahora les decimos que sólo pueden hablar con sus abuelos y saludar a sus amigos por video llamada.

“Mamá, ¿se puede ir al mar?”. “No, no se puede”. ¿Cómo se entrena en el aislamiento? ¿Cómo se hace para que el miedo no le gane a la alegría?

Respondo un mensaje con la foto de un pastel de carne y papa recién sacado del horno y hago el chiste: “¿Venís?” Mi amigo se ríe y redobra la apuesta: “Pone un plato más que estoy yendo”. Le cuento que todo lo que cocino en cuarentena me sale rico. Que hasta ahora no se me quemó nada y que nos chupamos los dedos. Le digo que horneamos chipá y dos bizcochuelos en lo que va del encierro. “¡Estás hecha una ama de casa!”, bromea él. Quiero reír pero me ahogo.

¿Qué me pasó? ¿Qué nos pasó? ¿No habíamos logrado nosotras las mujeres saltar el cerco doméstico? ¿Qué clase de virus es este que nos volvió a hundir en el confinamiento del hogar? ¿Cómo fue que terminamos entre cuatro paredes rehenes de nuevo de la libre demanda?

“Esto es lo más parecido al puerperio”, dice una amiga en un grupo Whatsapp. Vivimos en pijama y pantuflas, lloramos y reímos a la vez, no tenemos intimidad. Y otra reflexiona: “Las mujeres quedamos descentradas con esta cuarentena”. “Partidas como después de parir”, dice una más. Hacia afuera sostenemos una producción 7 x 24 y puertas adentro producimos plusvalía emocional al ciento por ciento. “No somos Wonder Woman. Tampoco queremos serlo. Pero en esta venimos perdiendo”, dice otra.

Ninguna tiene dudas que hay que cumplir a rajatabla con el aislamiento. Somos soldadas y sabemos que en la distancia está el rescate. ¿Acaso maternar no es también político?

No creo en el instinto maternal, creo en el de supervivencia. Que a veces puede fallar. Hay momentos en que bajo la guardia. El pecho se cierra, respiro mal. Me tomo la fiebre

y no tengo. Me froto tomillo, me hago vapor, lloro. Extraño que me cuiden. Extraño los abrazos y los besos. Extraño ir al cine, andar en bicicleta, tomar café en los bares, ver a las amigas, caminar desnuda por la casa, dormir, acordarme de lo que sueño. Extraño la soledad y el silencio pero no quiero estos.

Salgo a la galería a regar las plantas. No se oye nada. La gata juega con un gecko que se deja arrancar la cola con tal de sobrevivir. Desde hace días un cactus no para de dar flores con forma de estrellas. Comparto fotos y una amiga me escribe intrigada: “¿Te diste cuenta que la flor tiene olor a carne?”. Hay flores que son polinizadas por moscas en vez de abejas y entonces huelen a carne podrida. Esta que crece en mi casa es una de esas flores extrañas. No puedo dejar de mirarlas. Peludas y rosadas. Encierran las dos vidas que tengo: la aterradora y la bella.

Yo soy pandemia

Tomás Quintín Palma

La última vez que estuve conmigo fue una peritonitis. Ya pasaron 10 años. Un post-operatorio larguísimo. Los días no terminaban más, ya ni sabía los horarios, y me encontré con un Tomás Quintín que desconocía. Ahora estoy en la misma. Sin haberlo elegido, vuelvo a mirarme.

Tengo las uñas pintadas, menos pelo, y me sobresalto por las noches. ¿Qué habrá pasado en estos años? Me veo al espejo, tengo una panza salida. Parezco un liquid paper. Tengo pinta de ser alcohólico más que desnutrido. Activo el celular, conozco un montón de personas. Las extraño. Claro, cuando estoy con gente dejo de pensarme. Por eso, encuentro excitación en las videollamadas (¿qué persona común era el creador de Zoom antes de esto, no?).

Penosamente, en este aislamiento, siempre hay un momento en el que terminas con vos. Y ahora, sí, entendí porque me dejaron todas mis últimas parejas. Soy inaguantable. ¿Qué serán estas uñas pintadas?, quizás quiera alejarme del estereotipo de hombre blanco hetero cis. ¿Y lo logras pintándote las uñas? Naaaa. Si ni siquiera sé qué significa cis.

¿Dónde estoy? googleo toque de queda. Se parece bastante a una cuarentena. Pero las palabras tienen distintos pesos. Por eso tratamos de decirlas, de una manera que podamos habitarlas. Digo lo que tengo ganas de que me pase. Por eso escribo: libertad, igualdad, distribución, ayuda, quererse, novia.

Mi viejo se está olvidando las palabras. Para mí son las que nunca nos pudo decir. Hay una novela de García Márquez, donde la gente duerme cada vez menos para producir más. No dormir hace que olviden objetos, momentos, rutinas. Van anotando las cosas en carteles gigantes, para no perderlas. No perderse. Y es el capitalismo borrando al otro. Mi viejo quedando solo por no conectar con el otro. Y yo que empiezo a escribir los lugares que tengo ganas de empezar a ocupar.

Veo una bolsita de supermercado, es mi pasaje hacia lo que deseo. Ahí está. Me espera. Nunca las quise a esas bolsitas. Pero ahora son mi manera de salir del encierro. Aunque ya no hay ciudad, no hay nada allá afuera. Pero está Camila, la que quiero empezar a nombrar distinto.

Tengo un dilema. ¿Escribo sobre mi cuidadosa manera de viajar con una bolsa de supermercado en mano, o miento y hablo de que cumplo la cuarentena a rajatabla? Cuesta sostener la moral. Por eso elegimos señalar la de los demás.

Mi vieja quedó varada en Egipto. Ahí fue donde encontré, hace unos años, al mesías que fue a buscar a Jerusalén después de haberse divorciado de mi viejo. Se llama Avi, como el formato de video. Es un médico rural, y quizás quede en cuarentena en El Cairo. Ojalá que, antes de eso, haya podido curar algo del dolor de ella. Lo más cerca que estuve de El Cairo fue anoche, eligiendo el filtro de Instagram. Ilumina demasiado todo, prefiero Oslo. Gracias a ésta red social pude encontrar alguna salida laboral. Qué difícil debe estar para Mario y Guillermo, los diarieros de la esquina de la casa de toda mi vida. Vieron la involución de la especie conmigo. De pibito, con guardapolvo lleno de sueños, a adulto, magueando una llamada al amanecer, ya con apenas dos o tres sueños en pie. Sueños que no tenía mi vieja cuando yo salía de casa. Miedo a que me pasara algo. Dormía tranquila si me tenía ahí, con ella. Lo bueno, del aislamiento obligatorio, es que ella pueda dormir en paz. Por suerte ni se imagina de lo que soy capaz con mi bolsita de supermercado.

Tengo presente a mi familia cuando estoy encarcelado. Ellos fueron mi primera prisión. Y, como en muchas prisiones, estimularon la imaginación. La misma que puede llegar a salvarte en un momento de pandemia. Obviamente si cargas la suerte de tener un techo, y algunos paquetes de fideos. Es agarrar un carbón y hacer una ventana en la pared. Es surfear el piso de lavandina como si fuera el mar. Es comer un pedazo de queso como si fueras un príncipe. Es un barbijo de un bidón de tres litros, a lo Robocop. A lo Lady Gaga.

Hay aplausos. Son las 21hs. Era gracioso salir a los balcones a recibirlos. Los primeros días. Ahora subo el volumen del Bluetooth:

Yo soy Pandemia porque el mundo me ha hecho así
porque nadie me ha tratado con amor
porque nadie me ha querido nunca oír

Yo soy Pandemia porque siempre sin razón
me negaron todo aquello que pedí
y me dieron solamente incompreensión

Y quisiera ser como el niño aquel
como el hombre aquel que es feliz

Y quisiera dar lo que hay en mí
todo a cambio de una amistad

Y soñar y vivir
y olvidar el rencor
y cantar y reír
y sentir sólo amor

Yo soy Pandemia porque el mundo me ha hecho así
porque nadie me ha tratado con amor
porque nadie me ha querido nunca oír

Y quisiera ser como el niño aquel
como el hombre aquel que es feliz

Y quisiera dar lo que hay en mí
todo a cambio de una amistad

Y soñar y vivir
y olvidar el rencor
y cantar y reír
y sentir sólo amor
lalalalalala...
lalalalalala...
lalalalalala...

Terracerío

Daiana Henderson

Hay sensaciones, concretas y sin nombre, que se experimentan una vez en la vida. Si vuelve a aparecer, la sensación producida por ciertas condiciones personales o sociales revive, de algún modo, o trae a colación las condiciones que produjeron la vez anterior, la original. La experiencia se ordena también de esta manera, no solo cronológicamente vía relato.

Es así como viene a mi mente una noche en la playa del club, tenía 13 o 14, era una despedida de año y mis padres, que no son personas tan fácilmente alarmables, fueron a buscarme antes porque se había decretado estado de sitio. Recuerdo el camino hasta mi casa alejada del centro: supermercados vallados de manera improvisada con palets, con cajas, con carritos, con la amarga certeza de que nada impediría los saqueos. Lo que más me impactó —porque nunca había visto una imagen parecida, más que por el temor que la propia imagen me despertara— fue un hombre sobre el techo de un almacén con pasamontañas y una escopeta. Aquella sensación inaugural fue archivada bajo el nombre “toque de queda”, una expresión hasta entonces inescuchada para mí.

Es de noche, cruzamos la avenida perturbadoramente desierta, en bicicleta. Monti lleva un cuadro de grandes dimensiones que rebota contra el manubrio, un óleo que hace dos años encontramos junto a otros, con Martina, tirados frente a su casa. Ella se quedó con uno y yo con otro, pero tardé todo este tiempo en llevármelo de su casa. Volvemos de lo que probablemente sea nuestra última reunión con amigxs por un buen tiempo. La calle está vacía, a excepción de un par de patrulleros y rapps. Me llama la atención un murciélago volando resuelto, como con un sentido de emergencia, bajo los focos de luz encendidos sus alas traslúcidas.

Ya estoy en la cama —primeros frescos de otoño— y veo apoyado en el suelo el óleo, una especie de pintura impresionista, con movimientos en cosas que deberían ser estáticas, como un tronco o la fachada de una galería que muestra tres arcos de medio punto: uno cortado a sangre en el margen derecho, es un “etcétera”; en el del medio dos personas charlando, una de frente bajo techo y otra de espaldas a la intemperie con un pulóver de un rojo atónito entre tonos quebrados; en el tercero (de derecha a izquierda como los árabes), un chico plácidamente sentado, posiblemente leyendo un libro sobre sus rodillas flexionadas. ¿Es hijo de alguno de los otros? ¿Es un compañero? ¿O simplemente cohabitan una escena pictórica? Mañana lo voy a colgar enfrente de mi cama. Al menos podré mirarlo y pensar en todas las noches que lo vi junto a la puerta del baño, apoyado sobre el machimbre en la casa de Martina antes de irme a dormir con una remera prestada.

Se escucha una alarma, se apaga, vuelve a sonar. Los mensajes después de las 12 nunca son reconfortantes.

Quiero estar en la realidad, por eso me obsesionan algunos “temas de actualidad”, pero el exceso de información te convierte en un aparato que recibe, comparte y descarga datos que se actualizan constantemente, de inmediato obsoletos.

Digo que no estoy escribiendo, me castigo por no escribir poemas. Mi desánimo me miente cuando escucho una voz, me dice que después la recordaré, y quizá antes la recordaba. Pero, por no escribirlas, muchas cosas cesaron de haber existido, las convertí en gas, las expulsé como un pedo. Y acá estoy, escribiendo lo que escribo mientras lo escribo. No veo más allá de la próxima frase, pero eso ya está de alguna manera escrito. Ya está escrito en tanto y en cuanto siga escribiendo (me refiero a este preciso momento), si dejo de escribir, lo que ya ha sido escrito dejará de haber estado escrito, dando lugar a todo un nuevo tiempo verbal, ¿o es que ya tiene nombre?

El efecto anímico de mirar fotos de viajes es lo más parecido a salir. No es equivalente mirar fotos de paisajes o lugares donde no estuviste. Ni es el exterior en sí, que aparece en las fotos, lo que genera el efecto, sino la evocación sensocorporal de haber estado en un lugar distinto. Y ahora más que nunca cuando, aunque la sensación imperante es de extrañeza, lo conocido es lo único que vemos.

Estoy tirada boca abajo en mi cama, en una posición muy Britney adolescente atravieso en diagonal el rectángulo de mi sommier y se mueve el pompón rosado, la cola del flamenco que corona mi birome también rosada, regalo de una persona querida. Mi perro se paró en mi cuaderno y me dio un ataque de lengüetazos en los cachetes, atrás de las orejas y en la nuca, del que no tuve modo de defenderme más que hundiendo mi cara, como en un pastel, en la almohada afortunadamente viscoelástica. Luego de esta interrupción abandoné el fatalismo.

Hace un rato subimos a la terraza, la noche estaba encapotada, Monti me señaló un zócalo de nubes en el fondo. Pasó un grupete de patos sirirí en dirección suroeste, les grité “díganos qué hacer” y después “llévenme”. Si tocás tierra parece no haber adónde ir.

Formas geométricas insospechadas para los que viven bajo esos techos: verdes, rojos, de membrana plateada, de chapa, de losa. Una perra hermosa, blanca con manchas negras, sola sola sola, a ella le hablamos, le decimos halagos terraza a terraza y emana un entusiasmo cachorro ante el contacto con la ternura desconocida. Dos pinos azules comandan el centro de la cuadra, en ellos anidan picaflores osados, en lo alto, y se posan tanto torcazas como caranchos, con una perspectiva inmejorable del barrio.

Estas terrazas que durante tanto tiempo observé, terrazas sin uso que conozco mucho mejor que sus dueños, estos días empezaron a habitarse. Un chulengo no ha parado de

echar humo envidiable. Descubrí el pintor que había en mi vecino, al que había imaginado más con una calculadora científica que con un bastidor. Un musculoso en cuero, escuchando Red Hot, construyó una mesita de madera y le puso una sombrilla de Coca Zero en el medio, proveyéndose de un objeto y una razón para subir. Una pelirroja da vueltas en su bicicleta sin posibilidad de maniobra. Una voz dulce y sensual canta en portugués una canción tan familiar como desconocida. No es fácil temblar. Hice un bebedero defectuoso, una calandria me caga a pedo por mi terca soledad, las vaquitas de San Antonio me comen el pimiento, el crecimiento del zapallo se detuvo, planto y no crece lechuga, la manguera se suelta cuando la aprieto pero de otro modo no llego, esos piojitos de mierda se chupan la savia. Los vecinos malaonda ni un día han salido al patio. La loca de la vuelta cumple a rajatablas su participación desquiciada en el aplauso de las 21. Pasa un churrero aturdidor, recibe insultos, contesta con un corneteo burlón y desafinado. Alguien que pide: “No puedo, estamos en cuarentena”. Hacia este horizonte van los aviones pues allá está el aeropuerto, pero ahora van golondrinas en sentido contrario. Una palmera lejos y sola se vuelve negra a contraluz. Hace tres días me parece escuchar a los benteveos chillar “ins-tagram”. El cielo proyecta todos los días una cortina distinta para la retirada del sol, me complace ver que se van sumando espectadores.



Días de Pandemia

Franco Ingrassia

Mis días de pandemia los paso entre mi casa y el hospital en el que trabajo. Entre una familia que busca las maneras de habitar el aislamiento y una institución sanitaria que se va transformando vertiginosamente para asistir a las personas contagiadas por el virus.

En casa las pantallas, los juegos, las videollamadas, las remodelaciones infantiles de las habitaciones, el teletrabajo, las clases por zoom, las tareas domésticas más o menos compartidas y otras mil acciones que van intentando tramar una nueva cotidianeidad. Transitoria, intentamos recordarnos todxs. Pero por cuánto tiempo, no lo sabemos.

En el hospital, que fue designado como ‘hospital covid’ en el proceso de reformulación del sistema público de salud en condiciones de emergencia sanitaria, es escenario de muchas cosas: las decisiones del comité de crisis, los nuevos protocolos de cada servicio, el protagonismo de trabajadoras y trabajadores de la salud que, en medio del impacto y la incertidumbre, todos los días intentan estar a la altura de los acontecimientos. Lxs pacientes, por su parte, llegan como singulares “fragmentos hablantes y caminantes” de la complejidad que trama una realidad social atravesada por mil dimensiones, pero que tiene en la desigualdad su marca más profunda. Y toda esa heterogeneidad de elementos y dimensiones, a diferencia de lo que sucede en las idealizaciones, no siempre logran acoplarse de manera efectiva. En estos desacoples, creo yo, se sitúa gran parte de nuestro trabajo, como servicio de salud mental.

La alteración de las condiciones generales (incluso se podría decir globales) del funcionamiento social no suspende la singularidad subjetiva. En todo caso, le proporciona un nuevo fondo con el cual se despliega y en el que hay que volver a distinguirla. Con la dificultad añadida de que todas las formas de intervenir, todos los procedimientos clínicos tienen que ser repensados, para adecuarlos a estas nuevas condiciones. Algunas de las dificultades de siempre (por ejemplo, un paciente que rechaza un tratamiento médico que necesita y solicita un alta voluntaria) necesitan nuevos abordajes porque bajo las actuales condiciones pueden llegar a tener otras consecuencias. Transitorias, intentamos recordarnos todxs. Pero por cuánto tiempo, no lo sabemos.

Y es también la imagen del desacople la que parece adecuarse a la relación entre lo que está pasando y buena parte de las reflexiones intelectuales acerca de la pandemia. La transformación de las nuevas vivencias en algo que podamos llamar experiencia. Y la elaboración de hipótesis a partir de esa experiencia de nuevo tipo es algo que suele llevar tiempo. Pero algunas de las estrategias de producción intelectual parecen haberse propuesto saltarse ese proceso, para intentar recubrir la pandemia como tal –ese proceso global por definición del que en sí mismo nadie puede tener una experiencia– con las

categorías y las hipótesis de siempre.

La pandemia se volvió un gran motor de confirmaciones de lo que cada autora o autor ya sabía. Una ocasión para reafirmar sus convicciones, incluso postulando que esto lo cambia todo y que de este suceso nacerá un nuevo mundo. Un nuevo mundo sospechosamente parecido al que cada quien imaginaba antes de la pandemia.

El intento de recubrir las novedades bajo las redes categoriales preexistentes, el intento de hacer que lo que pasa se acomode a lo que se sabe (y no a la inversa) es una actitud recurrente. La respuesta de la mayor parte de la intelectualidad argentina al proceso inaugurado el 19 y 20 de diciembre del 2001 es el ejemplo que me resulta más cercano. Pero entonces se trataba de sucesos sociales, políticos, económicos y culturales. Hoy tenemos que lidiar con la complejidad añadida de que se trata de un proceso epidemiológico, que tiene tanto dimensiones sociales como biológicas. Un virus respiratorio, un microorganismo acelular que actúa como agente infeccioso. Un “actante no-humano” que no es metáfora de nada. Pero que exige respuestas tanto clínicas como políticas. Triage, terapias intensivas y decretos de aislamiento.

Por eso es que incluso hasta la noción de incertidumbre necesita pasar por el tamiz de lo que precariamente va constituyéndose como nuestra experiencia actual. Estamos acostumbrados a pensar en la incertidumbre de fines. Pero esta es una incertidumbre de medios. Siendo el mundo posterior a la pandemia algo muy difícil de inferir.

¿Habrá sido todo eso un acontecimiento del cual emerja una nueva estructura del mundo? ¿Habrá sido un trauma que, luego de superarse, habilite la reanudación de la lógica social preexistente? ¿Tomará retroactivamente más bien la forma de una catástrofe que sea sucedida por la persistencia de un devenir no reglado? ¿Habrá que forjar más bien una nueva categoría más allá de esta opción ternaria propuesta por Ignacio Lewkowicz a inicios de nuestro siglo?

El objetivo que tenemos por delante es claro: aplanar la curva, evitar el desborde del sistema de salud, lograr atravesar este proceso con la menor pérdida de vidas posible. Incluso el recurso fundamental, el aislamiento social preventivo y obligatorio, está claro también. Pero a partir de allí comienzan las preguntas. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo se sostiene en el tiempo el aislamiento? Partiendo de la sociedad y del Estado que tenemos: ¿Qué decisiones económicas, políticas y sanitarias son necesarias para hacerlo viable? ¿Cuáles son las tramas esenciales para nuestra existencia que necesitan sí o sí ser reformuladas para seguir activas en estas nuevas condiciones? ¿Cuáles son las disposiciones subjetivas que necesitamos constituir para poder responder a estas preguntas? ¿Cuáles son las disposiciones subjetivas que hacen obstáculo a la construcción de esas respuestas?

Vamos avanzando, de eso hay registros fiables, haciendo camino al andar, en medio de esta incertidumbre de nuevo tipo, en medio de estas nuevas condiciones para la experiencia. Condiciones transitorias, intentamos recordarnos todxs. Pero por cuánto tiempo, no lo sabemos.

Insulina y cigarrillos

Pablo Makovsky

De mi abuela Antonia, mi abuela rusa –que en realidad era ucraniana–, recuerdo sus pañuelos de seda cubriéndole la cabeza; el paso decidido cuando entraba a la casa de [Paysandú](#) por el portón de rejas del costado y abría la puerta de la cocina: si estaba mi padre le hablaba en ruso, parada contra la mesada. Recién cuando terminaba ese protocolo en jerigonza que duraba unos segundos, torcía el rostro para mirarnos y sonreía, como si otro ser descendiera sobre ella.

Pero lo que más recuerdo es la cajita de acero quirúrgico que guardaba mi tía Sofía, donde estaba la jeringa con la que le inyectaba insulina. Antonia murió a fines de los 70, de modo que esos recuerdos pertenecen a una era previa a las jeringas y agujas descartables. Entonces, una jeringa era menos un dispositivo para inyectarse insulina que un objeto precioso: un cilindro de vidrio transparente con su escala de mililitros y su émbolo de vidrio esmerilado, coronado por el apoyo del émbolo de un color azul tornasolado, lo mismo que el anillo de retención del cilindro contenedor. El pivote, en la otra punta, también de vidrio esmerilado, recibía el pabellón preciso de la aguja metálica, que sobresalía como un mástil y largaba en el biselado unas gotas claras y plateadas. En esa jeringa y esa aguja corría algo más que insulina: había algo así como un resplandor industrial y titánico que se proyectaba sobre el cuerpo ya viejo y frágil de mi abuela como diciéndole “Acá llega la maquinaria médica a salvarte el pellejo, y lo hará clavándote su bandera de acero en tus venas desvencijadas”.

Y estaba la cajita de acero quirúrgico, claro, que la tía Sofía me regaló cuando me convertí a la diabetes. Fui el único heredero de ese patio trasero familiar que recorría mi abuela hablando en ruso. Спасибо.

Conversión

A principios de los 90 trabajaba en un canal de televisión de [San Nicolás](#). Me atendía una médica de apellido Malizia en un consultorio en [calle Ameghino](#), a unos metros de Rivadavia. Malizia observó los análisis que me había hecho Silvia –mi tía política, que entonces aún tenía su hermoso laboratorio [sobre avenida Francia](#), en Rosario–, y me dijo que tenía diabetes, que no me convenía hacer paracaidismo, deportes de alto riesgo y hubiera seguido la lista si no la interrumpía para decirle que el mayor riesgo entre las actividades que practicaba en esos días era no entender del todo los textos de [George Steiner](#) que había empezado a leer.

La diabetes, entonces, era un discurso, una conversación con la cajita de acero quirúrgico de mi abuela, con ese legado biológico, ya que no había aprendido nunca la lengua materna de mi padre. Era cantado que no tenía mucho que hacer con la doctora Malizia.

Por esos años aún componía canciones y cantaba en una banda que se llamó [La Mecedora](#) e intenté escribir una serie de canciones bajo el título general “Insulina & cigarrillos”, de la que sólo quedó “[Lumbre](#)”, a la que [Robbie Kawano](#) le puso esa música mínima y meticulosa, que desfila entre la milonga, la zamba y la balada. Dedicada al cigarrillo, dice el estribillo: “No me ha quitado el cigarro lo que no me ha dado la salud. Cuando yo ya me haya ido, tu humareda me traerá. Más estrellas dio tu luz que la noche del sur”.

La diabetes, en ese período de conversión, fue una [metáfora antes que la enfermedad](#): ausente de mis orígenes rusos, veía en ese mal que hasta ahora sólo me había enflaquecido un encuentro. Lo que sea que mi abuela haya traficado en esas charlas en ruso, mis moléculas ahora estaban imbuidas de su eco épico y revolucionario. Да здравствует революция.

Sangre

No sé cuántos de mis parientes se habían percatado de la enfermedad de la abuela Antonia, para mí había sido durante unas dos décadas la mujer de la caja de acero quirúrgico a la que Sofía le aplicaba insulina todos los días, y como si ese recuerdo se materializase ahora y cobrara una forma palpable, yo podía estirar la mano y acariciar el acero relumbrante de una caja, como quien extiende la mano hacia un cofre que guarda un tesoro secreto.

Por esos años también miramos con mi esposa toda la filmografía del gigantesco [Vincente Minelli](#), entre ellas [Some Came Running](#) (Como un torrente, o Dios sabe cuánto amé, 1958), que es por razones que no vienen al caso, una de mis preferidas. El personaje de Frank Sinatra es un escritor que no pudo volver a escribir una página luego de publicar dos libros, vuelve de la guerra y aterriza en su pequeña ciudad natal, en el medio oeste estadounidense. Lleva a Shirley McLane, una prostituta neoyorkina a quien enamoró borracho y cuando despierta, en el Greyhound en el que viajó, encuentra a su lado e intenta deshacerse de ella (es acaso uno de los mejores papeles de McLane en toda su carrera y uno de los personajes más entrañables que vi en mi vida). Sus días en el pueblo transcurren en largas jornadas de poker y alcohol y su mejor amigo es Dean Martin –dicho sea de paso, ¿quién no querría a Dean Martin de mejor amigo?. Un día hay una gresca con disparos y Sinatra y Martin resultan con heridas menores. El médico, tras revisarlos, les dice que está todo bien, pero retiene a Martin –quien durante casi toda la película no se quita el sombrero– y le dice que tiene diabetes, que le conviene dejar de

beber, no comer azúcar y abandonar el cigarrillo, a lo que él responde: “Gracias, doctor, usted siga haciendo su trabajo, yo haré el mío”.

Me resultó soberbia esa escena. No sólo porque Martin hacía lo que yo estaba haciendo (ignorar la enfermedad, dejar arrumbada allá atrás esa zancadilla biológica y continuar con lo que tenía entre manos), sino porque el diagnóstico que acababan de tirarle al personaje de Dean Martin era una condena que, a diferencia de los otros personajes, él había sabido rechazar del mismo modo que rechazaba sacarse el sombrero incluso cuando se afeitaba.

Fue un tiempo en que me cruzaba todo el tiempo con personajes diabéticos en las películas (incluso en [The Witches](#) –1990–, de Nicolas Roeg). Pero la revelación llegaría con el estreno de la tercera parte de [El Padrino](#) (1990): el coma diabético de Michael Corleone no sólo replica la hospitalización de Vito Corleone en la segunda parte –por lo tanto su encarnación–, también la enfermedad le da a Michael la “excusa” de confesarse con el papa [Juan Pablo I](#), a quien le cuenta que asesinó a su hermano, y una hipoglucemia convierte una tira de caramelos redondos en la santa hostia. La diabetes –sobre la que escribí, ni bien me enteré de mi enfermedad, a un amigo que entonces vivía en un país vecino: “I’m through with sweet days”– era también eso: el fin de los dulces días, pero para saborear una amargura sustancial, “fundamental y fundamentada”, como quería Ernst Jünger de la tristeza.

Faltaban muchos años y muchos cigarrillos para que la diabetes deviniera enfermedad y cuarentena.

Te estabas hablando a vos en el futuro

Julia Enriquez

Querido sistema
inmunológico:
te escribí un poema
bardeándote un poco
y me protegiste
durante un mes
en tres países de riesgo.

De ahora en más debería
agradecerte en cada texto.

Es muy loco extrañar
esta ciudad
estando en esta ciudad.

A veces son tus amigxs
lxs que tienen
el ánimo, otras sos
vos y se lo van
pasando.

Como siempre sobreviviré
a base de frases:

Acá no endiosando nada
por primera vez en la vida.

“Ningún sentimiento es el último”.

Ha llegado la hora
de la micropolítica.

Viendo lo hermoso más hermoso
y lo horrible más horrible,
no es una claridad a
subestimar
ni desagradecer.

Me pidieron una playlist
y obvio que empieza con
“It’s the end of the world
as we know it
(and I feel fine)”
de R.E.M.

Como esos cursos
de autosuperación
que señalan:
negación, confusión,
enojo, tristeza,
resignación,
¿en qué parte de la ruedita
te despertaste hoy?

“La poesía es el gran arte
de la construcción de la salud
trascendental”.

Ya era terrorífico
el cuerpo,
tenés tu pequeña
invasión
para cuidar.

“Escucharse a unx mismx
desde una íntima extrañeza”.

Un reci de Antolín
de pieza a pieza.

“Moriremos de somatizar”
me dijo la Alejandra
hace un rato.

Ahí voy hacia mi primera sesión
de análisis por teléfono.
Que el lenguaje sea conmigo.

Ay por favor todo menos
preguntarme ahora
qué estrategias
adoptamos con la editorial.

“Igual hay gente que
no extraño ni en pedo,
tampoco tanto”
dice Lydia.

Retwitteaste
DDA @diegodeaduriz
31 mar.
se hacen las filósofas

Estar preocupadx
por algo con límites definidos
es un lujo en estos días.

Ejercicios de paciencia,
un piluso que diga Alberta.

Di un abrazo y sentí vértigo.
Pienso: lo que va a ser volver de esto.

Como con cualquier otra idea,
si lo pienso un poco más
me desdigo.

El único estado que existe,
estar volviendo
de alguna parte, siempre
como en un trance, de frase
en frase.

Rock de la cuarentena

Echen

Pandemia.

Del griego πανδημία *pandēmía* ‘reunión del pueblo’.

1. f. Med. Enfermedad que se extiende a muchos países o que ataca a casi todos los individuos de una localidad o región. ¹

Entonces.

Pandemia es una noción creada desde una concepción filosófico-epistemológica nacida hace unos tres siglos con la irrupción del pensamiento positivista en lo que se ha denominado Occidente (que en verdad comprendería primero Europa, a lo que después se agregaría Estados Unidos. Me refiero a ese discurso hegemónico que ha llegado hasta nosotros y que en este momento está siendo puesto fuertemente en cuestión).

Pero.

Diferente de lo que puede ser ese mismo discurso en relación a objetos que (supuestamente) parecen tener una evidencia inapelable (como, por ejemplo, la ley de gravedad) y una preexistencia a la teoría que lo único que haría sería explicarlos. ²

No es el caso de pandemia. Por el contrario, pandemia, lejos de ser la pulcra noción que explica un fenómeno resulta fundamentalmente un performativo: la pandemia existe sólo a partir del momento en que se la declara tal (no un instante antes).

Por supuesto.

Como todo ese cuerpo de enunciados “científicos” (¿es la medicina una ciencia o un arte?) su legitimación la obtiene de lo cuantitativo. Parece que la “cantidad” ha devenido en el nuevo dios de esta religión que desecha todo lo que no puede contarse o medirse (no es casual –supongo– que este pensamiento fuera concomitante con el momento hegemónico del capitalismo). Lo cual ha invadido hasta a las ciencias sociales que –según ciertas líneas teóricas– para aspirar a su legalidad y legitimidad tendrían que aprender a poner todos y cada uno de sus resultados (y sus hipótesis) en números. El reino de la encuesta (que, nosotros argentinos, sabemos muy bien cuán fiable puede llegar a ser).

Por otro lado.

Aparece otro concepto tan caro a ciertos ideólogos ³ –sobre todo de los medios de comunicación masiva–: “global”.

Ahora bien.

¿Estamos seguros de qué significa global?

¿Significa lo mismo dependiendo de quién lo enuncie?

Me pregunto si esta pandemia habría sido denominada global si, en lugar de ser Europa y Estados Unidos las regiones donde más ha proliferado (me inclino a pensar que son a las que se aplicaría correctamente el concepto de pandemia) hubiera sido África que –dicho sea de paso– es la que menos lo viene padeciendo.

Aunque.

No es sobre pandemia que quiero hablar aquí (no podría porque no es mi área, más allá de cierta elaboración reflexiva que puedo hacer y que expuse más arriba).

Me interesa sobre todo pensar las “medidas sanitarias” que se han adoptado.

Mejor dicho.

Sí me interesa hablar de “pandemia” en tanto ese concepto también abarca esta situación que estamos viviendo (no meramente un virus sino una(s) estrategia(s) social, comunicacional y de derechos (y, por supuesto, de su suspensión por obra y gracia de la pandemia).

Entonces.

Emerge otro concepto (u otro sentido) de pandemia. Que involucra (nuclearmente) las relaciones sociales (es decir de poder) de las comunidades involucradas.

Me permito hacer aquí una referencia a la etimología de la palabra como la menciona la Real Academia Española (definición que abre este texto): “reunión del pueblo”. Resulta por lo menos paradójico que algo que tiene ese significado de nacimiento le de nombre a una estrategia ⁴ de aislamiento social.

Inevitablemente.

Me viene una pregunta (entre tantas otras).

En algún punto de la línea de tiempo de la pandemia (sea desde el vamos, cuando se extendió, etc.) esta metodología de prevención sanitaria ¿devino en (o ya lo era) un experimento social?

O, contrariamente, esta situación impensada (por lo menos por nosotros, ciudadanos⁵) es la posibilidad de que pensemos y actuemos este mundo que –por lo menos por un momento, este momento– nos resulta desconocido, extraño de un o unos modos que tampoco sean los que conocíamos y sabemos a dónde llevan: por lo menos a pandemias como ésta.

El experimento (sé a qué memorias horrendas remite este término) o, en todo caso, test social está en marcha: haya o no sido intencionado. La situación hace que –desde los lugares a los que puede resultar conveniente– esto haya devenido en un test del comportamiento de comunidades como las nuestras y si ese comportamiento puede homogeneizarse (para decirlo con ese término tan invocado, “globalizarse”) lo cual podría resultar en previsiones de tipo estímulo-respuesta que –en el límite– nos pondría en la posición de perros de Pavlov sociales.

Pero.

También, insisto, la posibilidad de que seamos nosotros quienes empecemos a ver, a pensar esto que sería “nuestro mundo” y los modos alternativos de accionar en él.

Mencioné antes el lugar de “ciudadanía” que, tanto yo que escribo como ustedes que leen compartimos y no puedo evitar pensar en quiénes podemos decir y sentirnos “ciudadanos”, lo que equivale a pensar en quienes no pueden hacerlo. Y, entonces, vuelve la pregunta por la pandemia: qué significa para ellos “esta” pandemia. Y, sobre todo, por cuántas pandemias son diezmados sin que nos enteremos, sin que los aparatos de poder y los medios de comunicación se preocupen en lo más mínimo.

Cambiando (no tanto) de tema.

A partir de la experiencia personal de haber estado y estar atravesando este tiempo de prisión domiciliaria y del encuentro (distante) con amigas y amigos, vienen a mi mente también otro tipo de cuestiones vinculadas, por supuesto, con las anteriores.

Pienso, por ejemplo, qué grado de sustitución de la experiencia material, física, pueden proporcionar las redes (por lo menos en el estado actual).

Pienso, también, en que por lo menos en el espacio epistemológico en que me muevo –el arte– en el momento presente, la experiencia de las producciones artísticas contemporáneas es imposible desde la “virtualidad” informática: son dos campos diferentes. Sí creo (y la practico desde 2000) en una producción artística destinada a ser experimentada en el espacio de la web (por usuarios, no espectadores) que, de ninguna manera, sustituye a ningún otro tipo de producción artística de las que transitan nuestra contemporaneidad.

También.

Y sin caer en esas visiones, salir a la calle tiene algo de experiencia posapocalíptica.

Salir a la carnicería, verdulería, al chino, deviene una especie de turismo aventura por espacios que ya no resultan habituales y personas que no se sabe si siguen poseyendo esos atributos de lenguaje y de comunicación que les reconocíamos y nos hacía reconocernos.

Sí tengo que reconocer a la pandemia que (aunque sigo no creyendo y no lo haré en la

familia monogámica como construcción social) me ha hecho confirmar lo afortunado que soy por tener a Gabi a mi lado.

Por último.

No creo que sea una percepción muy errada la que asocia esto con el apocalipsis. No, no se trata del fin del mundo, pero sí puede tratarse de un síntoma o una muestra de que un (cierto) mundo está agotado, de que ese mundo que supuestamente era el triunfante y el que nos iba a hacer felices consumidores planetarios no tiene más qué ofrecernos, salvo este tipo de catástrofes.

Tal vez.

Sea el momento para que nos pongamos a trabajar juntos (no desde el cliché sino desde la construcción de una concepción en que lo solidario sea constitutivo) el futuro.

¹ Definición del diccionario de la Real Academia Española, versión online. <https://dle.rae.es/pandemia>

² Por supuesto, esa certidumbre también es la resultante de haber asumido un cuerpo categorial como verdadero y universal, como dije antes: la concepción positivista del mundo y, sobre todo, una concepción que recorta el significado de nociones como teoría, ley, etc. He trabajado esto en otros textos.

³ Pero también a muchos pensadores de buena fe.

⁴ Uso el término estrategia ya que, como se desprende de lo anterior, el performativo “pandemia” resulta una noción menos de la esfera de la medicina que de las estrategias políticas (del tipo que sean).

⁵ Uso este término muy puntualmente y, tal vez, el concepto mismo emana un dejo de ironía.

Especies de espacios

Clara Lopez Verrilli

	ESPACIO
ESTAR EN EL MISMO	ESPACIO
	ESPACIO COTIDIANO
	ESPACIO VIVIDO
	ESPACIO HABITADO
	ESPACIO EN CONSTRUCCIÓN
PERDERSE EN EL	ESPACIO
	ESPACIO DE ASCEPSIA
	ESPACIO DE ENCIERRO
PENSAR EL	ESPACIO
	ESPACIO MEDIDO
RESIGNIFICAR EL	ESPACIO
SENTIRSE AJENA AL	ESPACIO
	ESPACIO OBLICUO
SIN	ESPACIO
DEMASIADO	ESPACIO
	ESPACIO CERRADO
	ESPACIO LIBRE
	ESPACIO ELEGIDO
	ESPACIO IMPUESTO
EXTRAÑAR LAS FLORES EN EL	ESPACIO
CAMINAR DESCALZA EN EL	ESPACIO
	ESPACIO DE DESCANSO
	ESPACIO DE EJERCICIO
	ESPACIO DE PRODUCCIÓN
	ÚNICO ESPACIO

ESPACIO SEPARADO
ESPACIO EN CUESTIÓN
MENTIR EN EL ESPACIO
LLORAR EN EL ESPACIO
BUSCAR TESTIGOS EN EL ESPACIO
ESPACIO DE INSOMNIO
AMANSAR EL ESPACIO
DISFRUTAR EL ESPACIO
PERDER TIEMPO EN EL ESPACIO
ESPACIO DE AISLAMIENTO
ESPACIO DE CATARSIS
ESPACIO DE ANÁLISIS
DEAMBULAR EN EL ESPACIO
NO PODER LEER EN EL ESPACIO
ESPACIO DE DESEO
ESPACIO INERCIAL
ESPACIO INTERIOR
MIRADA PERDIDA EN EL ESPACIO
ABRIR EL ESPACIO
TENSIONAR EL ESPACIO
ESPACIO QUEBRADO
ESPACIO EN BLANCO
ESPACIO LIMITADO
ENOJARSE EN EL ESPACIO
TENER MIEDO EN EL ESPACIO
HABLARLE A UN GRILLO EN EL ESPACIO
ESPACIO RECORRIDO
ESPACIO REPETIDO
NO SE PUEDE CAMBIAR DE ESPACIO

ESPACIO ASUMIDO
ESPACIO DE CUIDADO
HACER **ESPACIO**
SOSTENERSE EN EL **ESPACIO**
ESPACIO PROPIO
AL BORDE DEL **ESPACIO**
NO HAY MÁS **ESPACIO**

El último día del verano, el primero de la cuarentena

Cristian Monti

Preparo café de la finca familiar de Jeymer. La última vez que nos vimos, quedamos en reunirnos en el centro. El trayecto incluía colectivo y subte, entre uno y otro me enteré de que Alan Courtis daba un taller a pocas cuadras de nuestro destino. No fue para nada difícil convencer a nuestro amigo de asistir. Cuando llegamos no nos dejaban participar porque el evento requería inscripción previa, pero Léonce Lupette, a quien habíamos conocido unos meses atrás en el Festival Internacional de Poesía de Rosario y daba también el taller, logró incorporarnos. Poéticas del sonido, sonidos de la poética. Estuvimos, Daiana, Jeymer y yo, casi sin hablarnos durante la duración de la clase. Luego, llenos de ideas, caminamos hasta la boca de una estación de subte cuyo nombre no recuerdo y nos abrazamos cariñosamente. Fue una buena despedida.

Al poco tiempo, Jeymer volvió a Costa Rica, de donde es este café que me tomo leyendo un correo electrónico que incluye fotos de su niño nacido recientemente, su abuelo en los cafetales, él y su compañera en un camino de tierra rodeados de una vegetación privilegiada. Postales del mundo exterior que por un tiempo no serán posibles.

Me llaman por teléfono, me arrimo a la ventana para hablar tranquilo y mirar la noche vacía y muda. Al rato se escucha el motor de un auto acercarse despacio, veo a dos tipos de ambos blancos con barbijos. El acompañante me mira melancólico. Enseguida pasa el 146 vacío. Y después reina nuevamente el silencio, sólo escucho la voz amistosa que dice chau, chau, te quiero, espero que todo se arregle pronto.

Hay una liberación masiva de películas, libros, muestras de arte, recorridos por museos de todo tipo, recitales por instagram, youtube, facebook. Trato de ver lo que puedo. Me abruma un poco recibir tanta información y me cuesta dormir.

Veó La mujer de los perros, La vendedora de fósforos. Subo. En la terraza remuevo el compost, leo. César, el geko, agrandó la familia. Estoy al sol con Murray, al que convenzo de hacer, por ahora le digo, sus necesidades acá. Veó las lagartijas cruzar apuradas las paredes.

Baja el sol, bailan los árboles una música que no percibo. Luna llena. No sé cuántos días vamos. Todos estábamos en alguna antes. Ahora todo para adentro, afectos virtuales, sigo. Cantan: Antolín desde Neuquén, Hombre de color acá, 107 faunos en La Plata, Julen en Uruguay. Veó el documental de Melero, el de Feliciano Centurión. Termino un té y abro un vino, ni idea la hora. Un disco puede refundar una sociedad, hay discos que

se llaman El nombre de este dron está escondido en tu ADN, Antiguos dólmenes del paleolítico, Astropecuario, nunca los escuché pero me encantan. Esos discos pueden hacer cualquier cosa. Las ideas tupen mi mente y estoy lejos de la experiencia. Los discos son como una especie de sucursales nómadas de estados mentales, dice Alan Curtis. Suena el timbre, atiendo por la ventana, no tengo plata le digo al sodero. Él dice que me entiende y me deja en la puerta seis sifones de regalo.

Vemos La Flor, una mariposa de Maxi, pinturas de Pedraza, un dibujo de Anita. A veces escucho viniendo de abajo el sonido de una sierra y la madera pasando por ella. Me asomo y está el Ale trabajando, al rato miro y está pintando. Corazón y alma, mensajes de Sergio, de Diego, las chicas Gilmore, las Piel de Lava, el café de Jeymer. Vamos a entrar a los tumbos a una nueva época y todo eso ayuda a estar fuerte, preparado.



La rumba del encierro

Arlen Buchara

Decidí tomar la posta de este texto porque Arlen no puede escribir. No voy a poner excusas por ella. Todo el mundo está así, como sobrepasado por el encierro. A veces, ella prefiere usar esa palabra en vez de cuarentena o aislamiento social preventivo y obligatorio. Encierro, que es como cárcel pero más suave. Otras, sólo piensa que es un domingo largo, casi eterno. Hace días que da vueltas por la casa, camina por las paredes, fuma al sol, anota ideas en un Word o en papelitos, lee noticias, escucha podcasts, siente angustia, alegría, culpa, llora por nada, se ríe a carcajadas por chistes pavísimos. Hace días que se sienta en la computadora frente a la ventana a intentar escribir este texto. Algo sobre la cuarentena, le dijeron y pensó que tenía tanto y nada por decir. Algo sobre el encierro, se dijo, como recordando una sensación. Pero no puede. Me mira. Me hace caras. Busca una respuesta en mis ojos verdes mientras yo cierro las pupilas hasta que casi desaparecen en una línea negra. Así que decidí tomar la posta. Mientras se distrae una vez más con el poco sol que entra al patio de la casa, me subo a la computadora y empiezo a escribir.

Mi nombre es Rumba, soy una gata tricolor y hace 8 años que vivo acá, en el departamento número 7 de un pasillo largo, ancho y antiguo del centro de Rosario. Para el mundo humano argentino es el día 22 de cuarentena. Para el Planeta Tierra es 10 de abril de 2020. Para el catolicismo es Viernes Santo. Para la mayoría es feriado. El último reporte internacional dice que hay 1.650.210 personas contagiadas y que murieron 100.376 por coronavirus en el mundo, la enfermedad a la que también le dicen covid-19 y que nació hace poco más de tres meses en China. En unas horas o un día, el presidente Alberto Fernández podría anunciar la extensión de la cuarentena hasta el 27 de abril, el 3 de mayo o quién sabe.

Quiero aclarar que no soy la única gata que escribe. Ni hoy ni a lo largo de la historia. Tenemos grandes exponentes en la literatura y ni hablar en el periodismo gonzo, una profesión muy elegida por gatos y gatas sin castrar. Para mí es la primera vez, no quería robarle protagonismo a Arlen pero dada su imposibilidad no me deja opción. No voy a decir que no lo venía pensando. De hecho, entre felinos salió la propuesta de armar una antología de cuentos y crónicas de cuarentena. Se ve que todas las especies estamos en la misma. La editora es Corazón, la gran novelista de Corrientes y Urquiza de la que en esta casa somos fanáticas. Va mi saludo a ella por inspirar al mundo gatuno a tomar el control de esta situación de emergencia mundial en la salud mental humana.

Yo venía tranquila aunque tengo que reconocer que mi rutina está un poco alterada. No es sólo el hecho de que Arlen de repente está acá todo el día. No tengo problema con

eso. De hecho me gusta. Me muevo más por la casa. Duermo mucho como siempre pero alterno con momentos de saltos, desparrame en el piso o simplemente quedarme como estatua mirándola hasta que se da cuenta. Estoy mejorando en mis poses para las fotos y vengo mucho mejor de ejercicios. La llegada de los grillos y langostas me puso a entrenar diariamente.

Arlen también intenta hacer ejercicios todos los días. Dice que extraña andar en bicicleta y pone unos videos en youtube de un entrenamiento de una chica simpática con pelo largo rubio y rosado. También hace saludos al sol y posturas de ashtanga que le enseñó Anabel. Casi todos los días baila y yo la miro y me dedica canciones. Hace poco empezó a cantar. Estábamos en el sillón y yo no entendía bien qué hacía porque no suele cantar así. Le da vergüenza. “Con vos no”, me dijo.

Escribo y Arlen da vueltas por la casa. No se da cuenta que usurpé su lugar. La convivencia entre humanos y gatos tiene esas cosas: a veces nos necesitamos para reconocernos vivos, a veces ni nos vemos. Ahora calienta una sopa, la come en el patio, mira el cuadrado de cielo celeste y limpio que entra.

Está bloqueada y tiene mil ideas para este texto. Le dijeron que podía poner links y siente que su cabeza es un hipervínculo a notas, textos, memes, opiniones, publicaciones en redes, datos, videos, audios, conversaciones virtuales, sensaciones que se transmiten por videollamadas. Lee reflexiones sobre coronavirus y después viene un meme y la deja pensando más que cualquier debate filosófico. Está contagiada de infodemia.

Apenas empezó la cuarentena dijo que iba a escribir todos los días un poco, que iba a hacer un diario. Yo sólo la miré y le dije en un maullido que no entendió: “También podés dormir la siesta conmigo y no autoexigirte, mi ciela”. No hubo caso. Dio vuelta la casa completa. Tapó los huecos de tiempo con un orden y una limpieza de dimensiones nunca vistas. Acomodó muebles y cajones, limpió hasta los focos de luz, dobló la ropa en rollitos y le encontró a cada cosa su lugar a lo Marie Kondo.

El orden y la limpieza están casi terminados y yo agradezco porque me estaba cansando de que me vaya corriendo de lugares. Ahora mira las hojas de las plantas y busca hormigas y plagas. Estos días estuvo particularmente tomada por la culpa por sus comodidades. Decía que escribir sobre su cuarentena era un lujo. Después venía la angustia monotributista, el sueldo que no alcanza, los trabajos freelance que se caen. Y en el medio y todo el tiempo extrañar. Extrañar a todo y a todos, todas, todes, todo el día, todos los días.

Se siente inútil en el encierro. Siente que debería haber sido médica o enfermera. Que escribir notas desde casa no alcanza, que el periodismo no sirve, que no entiende por qué es un servicio esencial. Piensa en lo que dijo Claudia el primer día de cuarentena cuando hablaron por audios de whatsapp. Claudia es italiana y vive en Milán con Carlo y su hijo

Dieguito. Están en cuarentena desde principios de marzo y Dieguito quiere ir al jugar afuera todos los días. Cuando le contaba cómo estaban viviendo el desastre le dijo que la única vez que había salido a la calle en 12 días veía que la gente tenía miedo de pasar cerca de otra persona. “Eso es triste”, dijo. Usó esa palabra con la dulzura de alguien que ama y cree en un mundo mejor y esta pandemia sólo puede ser eso: tristeza.

Busco uno de los papelitos en los que escribió Arlen y transcribo: “Dije tantas veces te extraño, te quiero, te amo, que ya no sé si sé lo que es extrañar, querer, amar. O ya no lo sé por el encierro y me acostumbré a que la vida es así: de enunciados, de gestos de lejanía, de emojis y memes, sin tacto, sin abrazos, sin besos en el cachete ni en la boca. ¿Y si esto es para siempre? ¿Y si cada persona queda en el lugar donde lo agarró la cuarentena hasta el fin de sus días como escribió Paul Preciado? ¿Si no hay más conversaciones cara a cara, bailes de madrugada, aturdimiento de bares?”.

Tengo que reconocer que no sólo decidí escribir para salvarle las papas a Arlen. Estoy preocupada. Hoy mientras desayunábamos –yo: mi alimento balanceado, ella: café con leche, tostadas y un jugo–, escuchamos un podcast de El gato y la Caja. No participan gatos, ni hay cajas, pero sí hay armarios donde las personas graban audios desde distintos lugares del mundo. Duran 7 minutos y salen todos los días con data de diferentes temas de coronavirus. La cuestión es que en uno de los capítulos me enteré que en Estados Unidos había dado positivo el primer caso de covid-19 en felinos: una tigresa de 4 años del zoológico de Nueva York. Había perdido el apetito y a eso se le sumó una tos seca que hizo que la testearan.

¿Y si el virus ya vive y crece dentro mío como se preguntó Mariana Enríquez? ¿Y si alguna de las veces que Arlen salió no pisó bien el trapo con lavandina, no se lavó por 20 segundos las manos sino por 15, no frotó bien las frutas y verduras, no pasó el trapo por cada paquete de las bolsas del super? ¿Si justo se tocó la boca, la nariz o los ojos y me alzó y me llenó de besos en la cara como hace estos días en esos arranques que tiene de dar amor? ¿Y si el virus ya está en la casa? ¿Iremos las dos al centro de aislamiento? ¿Habrá lugar para gatos? ¿Y respiradores y barbijos? ¿Nos extinguiremos los gatos y quedarán los perros con su fidelidad y complacencia? ¿Extrañará alguien nuestra ambigüedad, nuestra oscilación entre la atención, la mirada constante casi de stalker y la indiferencia?

Trato de calmarme y que el pánico y la angustia no se apoderen de mí. Podría lamerme y bañarme completa como terapia. Hace rato que no la escucho. Ya no está en el patio. Es raro que no esté dando vueltas algo u ordenando. Me extraña que no me haya descubierto en el teclado y se haya asustado con la posibilidad un “eliminar” a todo lo que hay en la computadora. El silencio es particularmente intenso y sólo escucho mis patas teclear. Decido dejar la computadora e ir a buscarla. Nunca viene mal un rato de mirarla

fijo. Subo. No está en el baño ni limpiando con diarios las ventanas. Camino hasta la habitación y la encuentro en la cama. Por primera vez duerme la siesta. Está enroscada entre las frazadas y ronronea con el oído atento al ruido del pasillo. Sueña con el río. O, mejor dicho, con la idea de volver a ver el río. Sueña que camina diez cuadras, llega hasta el parque y lo ve, la masa marrón de agua inmutable por el caos del mundo. Mira al costado y hay gente caminando, corriendo, sentada y acostada bajo el sol. Nadie tiene barbijo, no hay distancia de un metro. Empieza a dar abrazos, a sentir cómo su cuerpo encaja en otros cuerpos, cómo su respiración, su aliento, su saliva no son un peligro para nadie. Me acuesto entre sus piernas con movimientos suaves pero seguros. Siempre me gusta acurrucarme ahí, como si me estuviera pariendo. Ruego porque no despierte y sigamos durmiendo la siesta.



Una cartografía inestable

María Laura Carrascal

En momentos cruciales solemos tener reacciones automáticas. La acechanza concreta de la muerte dispara imágenes acumuladas en capas que conforman un archivo visual, donde la memoria va seleccionando como un modo de rastrear indicios en el pasado para obtener pistas sobre el presente.

Es difícil pensar este repertorio sin el legado de Aby Warburg y su sistema de relación de iconografías en diferentes tiempos y espacios. El Atlas Mnemosyne es un método que define particularmente el modo en que configuramos el mundo a través de las imágenes y resulta especialmente atractivo para reflexionar sobre temas que hoy atraviesan al mundo en su totalidad: la vulnerabilidad de la vida y su finitud irrumpieron violentamente en el devenir cotidiano.

Esta cartografía puede funcionar como un itinerario para transitar el ensimismamiento de estos tiempos inciertos, un mapa posible de la fragilidad humana. Un camino errante que incita a la utópica búsqueda de certezas y a la desazón de su imposibilidad. Edición y montaje son recursos que utilizamos todo el tiempo para construir realidades y ofician como mecanismos que forman nuestra percepción y, si la mirada es un producto social, sabemos que se alimenta de la experiencia. El arte es un gran objeto de análisis y apelo a esta magia por su pervivencia en el tiempo y porque es un sistema de creencias del que varios somos devotos.

Las imágenes mentales que han ido surgiendo en estos días de pandemia y encierro combinan obras heterogéneas que muchas veces interpelan la memoria colectiva. El objetivo es representar a través de ese recorrido, y de un modo experimental, la forma en que abordaron estas temáticas algunos artistas del pasado y como trabajan creadores contemporáneos en relación con esas tradiciones.

Entre el pandemónium de libros y buscadores virtuales, la selección estuvo orientada a reunir una multiplicidad de elementos, congregados por afinidades electivas. En este libro inventado de imágenes reconfiguro mi espacio mental y redistribuyo autores y obras, migrantes en el tiempo y el espacio, incitando a una reflexión colectiva. Un mapa destinado a presentar puntos de referencia que jalonen un itinerario que contribuya a percibir algunas relaciones e interacciones en una realidad embestida de extrañeza.

Caos

La primera pausa en este recorrido corresponde a las imágenes de la muerte en las representaciones del Juicio Final en el mundo andino. Las pinturas en las iglesias de Andahuaylillas, Huaró y Canincunca (Perú), Carabuco, Caquiaviri y Curahuara de Carangas (Bolivia) son ejemplos excelsos de la utilización de la iconografía barroca de la muerte en una versión mestiza que dialoga con los infiernos del Bosco. En varios aspectos, se pueden enlazar esas representaciones con el universo contemporáneo de Santiago Poggio (San Poggio) a partir de la composición abigarrada de figuras y la fragmentación del espacio en múltiples escenas.

Vanidad

Otro alto en el camino apunta las preciosistas naturalezas muertas del mundo flamenco, una sutil metáfora de la finitud de la existencia que se profundiza temáticamente en las vanitas del mismo período. Flores, frutas y cráneos evidencian la imposibilidad de escapar al último destino de la vida y migran desde siglo XVII al presente en las pinturas de Daniel García, que ha trabajado ambos tópicos en sus sólidos diálogos con la historia del arte. También en las obras de Román Vitali que responde a ese recorte con naturalezas muertas de acrílico facetado.

Interiores

Bajo este clima hostil, es inevitable detenerse en el resguardo que brindan los interiores domésticos en las icónicas representaciones de Jan Vermeer, tema que será revisitado en el tiempo por diversos creadores que detienen su mirada en los pormenores de una habitación y los elementos que la habitan. A principios del siglo XX, Fortunato Lacámara y Augusto Schiavoni llevaron a cabo magníficos ejemplos que serán retomados por Pablo Suárez y Juan Pablo Renzi en la segunda mitad de los años '70, imágenes elusivas que expresan el terror que operaba en el afuera. Este ha sido un tema recurrente en la obra de Eugenia Calvo con instalaciones que denotan la subversión de los objetos en sus interiores domésticos.

Retazos

Cierro este itinerario caprichoso con una de mis preocupaciones, centrada en las producciones que trascienden la noción de autonomía artística. Las vestimentas de Rei Kawakubo y Yohji Yamamoto irrumpieron en París en los años '80, apelando al legado oriental y a la estética homeless frente al culto del éxito encarnado por los yuppies. Esta perspectiva conceptualista fue ampliada en los '90 por diseñadores belgas como Martin Margiela quien, en sus últimos desfiles, mostró prendas desarticuladas con reminiscencias de uniformes médicos. Una estética en diálogo con las tipologías deconstruidas de la

argentina Juliana García Bello que presentó en Instagram su última colección realizada con donaciones textiles de vecinos de Arnhem (Holanda) que, en algunos casos, también oficiaron como modelos.

La flânerie posible

Este mapa aleatorio es un modo de orientación en este territorio desconocido de aislamiento social y tiene como fin plantear un camino posible para atravesar los interrogantes abiertos con la suspensión de la cotidianeidad. La razón de esta cartografía es subjetiva pero quizás encuentre interlocutores que completen el itinerario con otros artistas u otros puntos en el recorrido. Finalmente, dejar el mapa nos dispone a vagar sin rumbo en nuestras bibliotecas y redes y, siguiendo el paso oscilante del flâneur, podemos hallar innumerables sorpresas.



Mis labores

Pablo Franza

Miércoles 8 de abril de 2020. Es importante que fabriques tu propia mascarilla urbana o barbijo casero. En mi cuenta de twitter (@pablofranza) podés encontrar distintos tutoriales y moldes. Hay que lavarse bien las manos con agua y jabón, mantener distancia física y usar un tapabocas o máscara cuando se interactúa con otros. Podemos ser portadores asintomáticos y estar transmitiendo el virus sin saberlo; el barbijo casero disminuye esa posibilidad. No compremos los profesionales porque los necesita el sistema de salud. Fabriquemos nuestras máscaras caseras. Ya tendremos tiempo y distancia para reflexionar sobre estos días.

Diario adentro en 6257 caracteres

@luciaseisas

17 mar.

Mis padres no asumen que son población de riesgo. Me siento ellos durante mi adolescencia.

Creo que voy a ahorrar mucho en taxis.

18 mar.

La gata no entiende por qué estoy pasando tanto tiempo en su casa.

Foto de la gata.

Mañana voy a ir a una inauguracion virtual emoji corazón @maria_j_luque

Me hubiese gustado escribir inauguración con tilde

19 mar.

Esta pandemia me encontró sin saber usar torrent.

Bueno, ya pude. emoji nerd + meme de shakira tipeando

20 mar.

No paro de decir cuaresma. GIF del papa tocándose la cara

21 mar.

Ojalá hoy no me nominen a nada en Instagram. Emoji de corazón

Decime lo último que hiciste y te digo si estás en fase maniaca o fase depresiva.

Me gustaría haber usado tilde en maníaca.

22 mar.

Mi hermano reparte los pedidos de su bar. ¿Pedí una hamburguesa para verlo atrás del blindex? Claro que sí. Foto de Fede con hamburguesa atrás de la puerta.

También me trajo una cocucha común de vidrio.

Te Emoji de corazón quieto @FedeSeisas

23 mar.

Día 4: amasé fideos. KCYO

24 mar.

Día 5: tejo a dos agujas sin mirar.

Creo que no nos juntábamos todas al mismo tiempo desde el 2014. #cuarentenafuriosa
Foto con mis amigas del Festival Furioso de Dibujo usando zoom.

25 mar.

Día 6: ya identifico a lxs vecinxs que salen todos los días. Emoji de gorra azul

El de jean y ojotas, el señor de bigotes, la del caniche, el de rulos, la del puchito mañanero, son varios. Emoji llorando a mares.

En Instagram dibujo tortas de cuarentena para cumpleañoses solitarios. Si tenés algún amigue cumpliendo años mándame DM.

#LuciaPastelera Imagen de torta dibujada con fibras de colores.

Mis amigas manejan la mafia del pictionary online.

Me pregunto si lxs forrxs de la inmobiliaria a la que le alquilaba habrán habilitado otro medio de pago ahora QUE NO SE PUEDE IR EN PERSONA CON BILLETES POR LA CALLE A PAGARLES EL ALQUILER EN NEGRO. Besitos.

26 mar.

Día 7: mi papá me manda videos arreglando cosas de su casa y habla como YouTuber.

Cada día que pasa cocino peor.

Suenan los aplausos afuera mientras escucho un disco de Charly en vivo. Es lindo.

27 mar.

Día 8: a los 37 años preparé por primera vez mi propio matecito.

Se cayó la página del pictionary.

AHORA SI.

Bai.

Kween of pictionary.

28 mar.

Día 9: creo que los memes ya no me causan tanta gracia.

Planté las semillas del tomate que usé este mediodía.

29 mar.

Día 10: voy a hacer un lavarropas solo con pijamas.

Otro nivel de cuarentena desbloqueado:

Hice torrejas de lechuga.

Foto de torrejas de lechuga recién fritas.

La falopita del día. @florgarat @maria_santisima @luciatognarelli @camilatodes

Foto de pantalla de pipi dibujando sushi cuando tenía que dibujar a Vin Diesel.

30 mar.

Buen día, muchachos.

Día 11: no puedo creer que alguna vez amasé tallarines, necesito que alguien venga y me haga un huevo duro.

31 mar.

Día 12: voy a hacer la crostata de manzanas que hacía mi mamá y yo no valoraba en mi infancia.

Cada vez que escucho “mariquitos” peña, en mi cerebro pasa lo mismo que cuando escucho “muni” en vez de Municipalidad. Me hubiese gustado escribir “Marquitos” en vez de “mariquitos”.

1 abr.

Mi plan de día 12 falló íntegro.

Cito tweet del 31 de marzo porque no hice la crostata. Al día de hoy sigo sin hacerla.

Siento que con pipi tenemos los horarios cambiados y hoy la extrañé.

Mis plantas se están llenando de unas mosquitas ínfimas del averno y no sé que hacer para salvarlas.

Me dan un poco de vergüenza ajena los vivos y a las 18 tengo uno programado con mi amiga millennial Anne. Cuarentena y contradicción.

Síganme para más contradicciones.

Hice mi primer vivo y digo primer porque DIOS MÍO QUIERO SER YOUTUBER.

2 abr.

¡Feliz cumpleaños @alferdez ! Desde que empezó la cuarentena dibujo tortas para mandar a amigxs de amigxs que lo pasan solxs, vos debes estar rodeado de gente pero igual va esta de parte mía y de mis amigas @luciatognarelli @maria_santisima @MariaIn96116009 y @chinadesafari Emoji de solcito

Imagen de dibujo hecho especialmente para Alberto, mis amigas me hicieron levantar de la cama a las 00.15 para hacerlo.

Día 15: Tengo un caldo al que considero un tamagotchi al que voy alimentando de a poco para llegar al caldo perfecto.

Varias veces al día escucho chipichipi.

3 abr.

Preferiría estar dormida.

Bueno, #LucíaysuHuerta

Cito tweet del 28 de marzo acerca de plantar semillas de tomate

Cuando pueda volver a caminar por la calle, que ojalá sea un día de sol como hoy, voy a ir todo el día escuchando en loop la primera canción del disco nuevo de Pauline.

En la grieta de barbijo si / barbijo no, estoy del lado de barbijo si y cuidarnos todxs. Emoji corazón

4 abr.

Se murió el cantante de la banda de sonido de nuestra infancia en casa. Emoji corazón roto.

Supon que mañana cocino Torrejas en vivo. #CuarentenisimaSatelital

Odio las referencias a supón.

Me voy a pensar cosas lindas hasta las y diez como me dijo pipi.

¿Estás despierta, Esperancita? @alinacalзадilla

Cito tweet del día anterior. Me pregunto si supón lleva tilde.

Estoy por cumplir un sueño en Instagram.

Comparto animación que Male Guerrero me hizo especialmente.

6 abr.

La gata está resfriada.

¿Y si hacemos gajitos de nuestras plantas favoritas y los repartimos cuando podamos volver a tocarnos?

Los días que miro tele me siento bastante peor.

Todo el tiempo me estoy lavando las manos porque básicamente todo el tiempo estoy lavando platos y superficies.

7 abr.

Soy la que no sabe armar las reuniones por zoom.

Luna llena en no sé qué y SPM en cuarentena. No se diga más.

Dibujar más y tuitear menos.

Cociné verduras rellenas y mermelada de manzanas al mismo tiempo. Es como el loop de comer salado y dulce y después salado pero con el olfato.

Ya no me acuerdo si me gusta el chico que me gusta.

8 abr.

Dibujar más y tuitear menos.

Cociné verduras rellenas y mermelada de manzanas al mismo tiempo. Es como el loop de comer salado y dulce y después salado pero con el olfato.

Ya no me acuerdo si me gusta el chico que me gusta.

9 abr.

Día 22: hice un montón de cuentas para ver si era mi día 22 y aún así no estoy segura

Lo no dicho (por ahora)

Dibujar más putear menos

¿Cuándo vuelve el modo maníaco?

Estoy aprendiendo mucho del tema “dosis”

La música de hoy arruinó mi Spotify para siempre

Pronto deja de ser cuaresma

Me encariñe con lxs de acá y ya no quiero ver a lxs otrxs

Lo que soñé es inadmisible e irreproducible, igual se lo conté a un par

Tu miedo me contagia

Un lugar silencioso

Lucía Rodríguez

Anochece.
El trabajo nocturno de las formas
comienza.
Juan Manuel Inchauspe

Me despierto. Otra vez falta mucho para que suene la alarma pero no sé cuánto. No me quiero fijar. Estoy boca arriba, Fede duerme al lado mío, aún es de noche. Me doy vuelta y busco su hombro. Al apoyarme sobre él me aturde el latido de mi corazón, no está acelerado pero yo sí. Juro que lo que me despierta hace días es el silencio. Una ciudad que no emite ningún sonido.

Los sonidos son referencias, al menos para mí, de tiempo. Sé cuándo falta poco para levantarme porque la vecina de arriba que entra una hora antes que yo a trabajar empieza a caminar por su habitación que es mi techo en tacos. Los ta-qui-tos. Si no habré puteado esos taquitos. Hoy es viernes y me despierto sola a las 5 de la mañana después de haber soñado con las cosas pendientes del día anterior. Afuera, silencio.

Últimamente se me vino a la cabeza la película *A quiet place* (un lugar silencioso), en la que en un futuro distópico la única manera de salvarse de unos monstruos depredadores es no haciendo ruido. Ese “no hacer ruido” es, prácticamente, no vivir. ¿Cómo decirle a un bebé que no llore? ¿Cómo no reaccionar con un grito, al menos ahogado, cuando nos lastimamos? ¿Cómo es pensar todo el tiempo que la amenaza no nos ve pero nos escucha? Estar vivo resuena y es al mismo tiempo, el sonido, los ruidos, eso que se percibe, la prueba de que estamos vivos: el corazón, la respiración, la voz. La vida cruje.

Gaby me dice que las veces que más angustiada estuvo fueron esas en las que no supo qué hacer con tanto silencio. Su vecino coincide con ella. Todas las mañanas saca un parlante al balcón y, pensando que le hace un favor a la humanidad, musicaliza a toda hora. Lucía piensa en el afuera, en esa quietud que trae la poca circulación de colectivos y autos, pero aparece algo nuevo: nunca escuchó tanto la vida familiar de los de arriba, que desde que se levantan ya están dale que te dale hablando de coronavirus. Anabel vive en el microcentro y el silencio le da placer. E impresión. No miedo: impresión. Cuando la invade y la deja sola, sale a las redes sociales a mostrar lo que hace. Quiere creer que ese nombre es esperanzador y que estamos efectivamente tejiendo redes entre quienes

extrañamos abrazar a nuestrxs amigxs, darnos besos y reírnos cerca. Arlen vive en un pasillo y nunca escuchó la calle desde ahí. Ahora sí, lo que aparece es la proximidad. Una vecina que coge a los gritos y que ve Game of thrones a un volumen demencial. Otra que reta a su gato-perro Manolo. Una conversación que confirma la compañía, algo preciado para quienes están pasando el aislamiento solxs. Una noche se acostó tarde y escuchó una tos que retumbaba en todo el pasillo. Tuvo terror. ¿Hay alguien enfermo en el pasillo? Después, de nuevo, la calma.

Hace diez años trabajo en Radio Universidad. No fue un trabajo que haya querido en un primer momento. De hecho, yo solo quería dedicarme a escribir pero apareció la oportunidad y la tomé. Comencé como productora y no fue hasta hace tres años que empecé a estar al aire todos los días. Hoy es lo que más amo hacer. Cuando llegué a Rosario hace 14 años para estudiar, viví sola en un monoambiente en el microcentro. Era chiquito pero tenía la cocina separada. A pocos días de empezar la cursada empezó a pasarme algo que no había vivido nunca. Todos los días cerca de la una de la madrugada, comenzaban a escucharse gritos desde el piso de arriba. Una mujer relativamente joven insultando a otra mujer más grande. Se escuchaban platos rotos, ruegos, más gritos. Poco tiempo después entendí: ahí, arriba de mi departamento, vivían una madre y su única hija. Ella, de unos 40 años, golpeaba sistemáticamente a su madre de casi 70. Discutían todas las noches hasta entrada la madrugada. Nada podía hacerse; vecinas y vecinos insistieron en denunciar a la hija pero la madre siempre las desestimaba, declarando que nada pasaba. En ese momento, mi rutina se acopló a la de ellas. De noche casi no dormía e iba como podía a la facultad. La radio fue mi verdadero salvataje. Por las noches, de 1 a 3, el programa de Hoby de Fino Que se vayan todos, era con lo que llenaba eso que estaba sólo ocupado por la angustia. Lo escuchaba con los ojos llenos de lágrimas, llorando de sueño, con el peso imposible del sufrimiento sobre mi cabeza.

Cuando Fernández anunció el 19 de marzo el aislamiento social obligatorio uno de los rubros que estaban exceptuados fueron los medios, es decir, lxs trabajadores de prensa. Con mis compañerxs insistimos en organizarnos para cuidar a lxs más expuestxs y trabajar de manera rotativa en equipos reducidos. Me tocó varias semanas estar al aire con mi compañera Anabel Barboza. Antes de todo esto éramos cuatro personas al aire y cinco trabajando en producción. Desde las escaleras de la radio hasta entrar al estudio saludaba con un beso a diez personas. Hoy somos cuatro en total.

De lunes a viernes de 9 a 12 hacemos la Marca de la almohada como podemos. Con incertidumbre y miedo pero siempre intentando reírnos, intentando contagiar algo de lo que sentimos que la radio hizo con nosotras, de nosotras. A ese “gracias” que nunca le di a Hoby por su programa de todas las noches de ese duro 2006. Llegan mensajes sin pa-

rar con preguntas, con temores y también con pedidos de canciones y agradecimientos: “Gracias por estar, nos acompañan”. Hay días que termino el programa con ganas de llorar. Pienso en cómo una casa necesita llenarse de voces para estar habitada. Pienso en la vida y en el ruido. Pienso en la música y las palabras para ahogar la angustia. El resto es silencio.



Mañana

Damián Schwarzstein

*“El día se va y no sé dónde vas a estar mañana”
(Bándalos Chinos/ “El club de la montaña”)*

Ya cerramos la casa y nos guardamos. Limpiamos, nos pusimos guantes de goma y nos bañamos en alcohol y lavandina. A nosotros, a nuestras cosas preciadas. Hija, lavate las manos. Sí, otra vez.

Ya nos alimentamos. Cocinamos rico como nunca antes. Y lo disfrutamos.

Ya nos entibiamos al sol y nos quemamos al fuego.

Ya salimos al balcón, aplaudimos. Señalamos.

Ya nos rompimos y nos reparamos. Nos reímos. Hicimos teletrabajo, videoconferencias. Bailamos por zoom. Batalla de avioncitos en el grupo de guasap de la familia.

Ya nos masturbamos e hicimos sex chatting. Nos engañamos mil veces. Nos vaciamos y nos llenamos. Nos resignamos.

Lloré y no estabas al tanto. Me fui; salí a la calle y estaba solo. Yo solo. Me encontré con los miedos de ayer. ¿Por qué? ¿No alcanzan los de ahora?

-Quisiera ser joven- dice desde su encierro una mujer, una señora que fue y vino. Muchas veces.

-Quisiera ser viejo y haber vivido todo lo que usted vivió- responde un joven, que está yendo.

¿Cómo será comer, amar, creer, crecer, jugar, estudiar, trabajar, dormir, tener hijes?

Abran paso, dioses del camino. Abran pasos.

Que nosotros ya construimos y destruimos. Ya soñamos y nos despertamos. Y estamos heridos, pero no muertos.

Puedo imaginarte, yendo a algún lugar. Con tus hijes y tus hermanes. Lejos de aquí. Mientras las plantas devoran los edificios, torres donde alguna vez vivió gente una arriba de la otra, amontonada sin sentido.

Hacé tu magia. Hacé tu magia, ahora. Justo ahora.

No, no sé dónde voy a estar mañana.

Una civilización de entrecasa

Lila Siegrist

“El deber de los artistas es mostrar el camino de la fantasía, de la sorpresa, de la independencia”

Ettore Sottass

Estos días en el mundo ha pasado de todo, en el país también. En casa estamos ciertamente estables. Hemos distribuido tareas sin demasiado esfuerzo, nos hemos vuelto pragmáticos: la Rusa cocina, Rosendo se dedica a la vajilla y yo lavo ropa y desinfecto los ambientes. El home office es mega eficiente, trabajo como de guardia con disponibilidad de horarios muy a gusto. Los zapatos que usamos son siempre cómodos. Nos va a costar volver a la vida civil, más allá de nuestra guarida.

Una camisa limpia cada día, de la vida primordial. La conquista es quedarse quieta. Concluyo que la sociabilidad es onerosa. ¿Cómo es la economía del que se queda quieto? Tengo una amiga que es una ostra, y lo afirma: “soy una ostra, hoy comí una papa con huevo frito”. Se viene el reinado de la pantufla y del anacoreta. Los poderosos y pedantes no están acostumbrados a que se les diga que no.

El encierro nos emparda en algo, estanca el tiempo y, de este modo, en las superficies lacustres se organiza un plancton desconocido, la nueva dimensión del cuerpo en pensamiento, del cuerpo en la supervivencia, del cuerpo en el aislamiento, del cuerpo que espera. Por supuesto que la literatura y la ciencia ficción han ofrecido de manera generosa a nuestra imaginación datos que hoy no nos sorprenden: fiestas por Zoom para emborracharse frente a otros y solos frente a una pantalla, personas mostrando eyaculaciones en directo, pero no en vivo, seres humanos que amamos mucho y a los que no podemos abrazar y con quienes soñamos en clave erótica, en clave sensual, en clave ternura, aprender solos, aislados.

Alguien escribe la palabra “hermoso” en un chat y es suficiente para sentirse amada y muerta, y viva en los sueños. Los muertos que hoy podrían estar vivos. Los mismos muertos al momento de revisar bibliotecas heredadas o álbumes de fotos. Los muertos. Los muertos en este tiempo muerto. En este tiempo estancado está, también, estancado el tiempo de los proyectos fruto de la agudeza militante de las mujeres; los proyectos dormidos por la urgencia, los proyectos latentes siempre, y la urgencia. La emergencia de aguantar el andar del futuro para que hoy se resuelva la espera. El arte del ocio podría haber sido ciencia ficción. La caverna de los sueños olvidados también. Todos los documentales, las crónicas y el periodismo gonzo se han vuelto ciencia ficción: el roce, los efluvios, el erotismo de las superficies sedientas y supurantes. El cine del encierro, todos

los proyectos que construiríamos si tuviéramos tiempo. Hoy el tiempo es el de la guardia y la eficiencia. Tiempista, Alberto tiempista. Un presidente que conoce los laberintos del Estado y sabe cómo establecer los vericuetos de los espacios temporales por transitar.

¿Cuáles son las preguntas que deberíamos hacernos? ¿Qué pasa con las estrellas de rock y con el Papa ante los templos desolados de una muchedumbre encerrada? Recomendando ver el streaming en vivo del Vaticano en el que la Piazza San Pietro se presenta desolada.

El primer ministro del imperio, el príncipe del mismo imperio y una viceministra de Salud en Reino Unido dan positivo por Coronavirus. Los leones rusos son de mentira. Los capibaras de Nordelta se manifiestan con cuidado. Los pibes se preguntan nuevas cosas. En nuestra retentiva, sabemos que los encierros no están buenos, pero a los que entendemos la gravedad del asunto los vemos como una nueva panacea en honor a la salud pública. Siempre tenemos un idiota en cada familia, en cada clan hay uno. Aparecen los bien pelotudos y los indolentes. Los irresponsables.

Una isla de mosquitos me circunda, me abraza trayendo imágenes de nuestro litoral que amo. Me expongo al sol 20 minutos diarios, se ha despertado el cuerpo y el vino. Leo análisis político, leo las expresiones más diversas en las redes sociales, analizo las palabras, leo los femicidios. Me he despertado resentida sin tener motivos para serlo. Guardo frascos vacíos de perfumes viejos. No se compra nada por internet. No se llama a un KDT por boludeces. Temo por mi dentadura en tratamiento prolongado. Garantizo una despensa cargada de farináceos.

Me dañan los insurrectos. Escucho y leo discursos de políticos en momentos críticos de la historia. Esta es la guerra contra el turismo. Contra los epicentros cosmopolitas. La soledad y el aislamiento hacen que el erotismo se escurra. Desarrollamos un mundo interior, otro mundo. Ganamos en espacio personal. La propaladora nos dice que Rosario nos cuida, la calle se manifiesta con el brutal silencio de los pájaros; estamos viviendo sobre un tempe que resiste.

Pulcra retomo el hábito de las certezas: plancho, aún dormida, la camisa; la plancho y deslizo mis dedos por los pliegues, regulo la planicie del género, con calor domo la superficie. Noto que estoy rumbo a que se borren mis huellas dactilares. Me siento pulcra. Me visto, me invito a la dignidad del cuello prístino y recién planchado. Recuerdo los hábitos de mi abuelo que por estos días son los tesoros. Escribo, instalo una liturgia, me pongo una camisa para entender el rigor de un hábito. La necesidad de no enloquecer y transitar la jaula con modales propios de lo adquirido. Darle estabilidad al derrape mientras desaparece el deseo. Arremango los brazos para cocinar, para escribir, varío el cuello para las distintas horas, hasta el final que la vuelvo a lavar, cuando las mangas ya están húmedas al cierre del día.

Pienso en la vida de antes, me refiero a la vida de hace 18 días. Pasó una civilización que

ya es otra, es el fin de una era y la instancia inaugural de otra. Quiero enloquecerme de la cantidad de datos que alienan mi lóbulo frontal de la belleza. Mi último tesoro vergélico y cristalino plagado de guijarros ámbares traslúcidos y de cantos de crespines en las extensiones de las planituras arboladas y los bordes de la selva. ¿Dónde está ese caudal esponjado de colores y sentires? Una lectora voraz e impetuosa. Perturben un ser, dótenlo de toda la información del mundo, de la actualidad global de una pandemia: un filósofo encerrado, un pianista, un escritor, un Papa sin público, los cuerpos sin intercambio de fluidos, la fisiología del amor aplanada en una pantalla, deportistas que tienen miedo de ser gordos y dejar de entrenar. Un filósofo se bate a duelo con otro filósofo por la prensa. Trump en su delirio místico magnánimo se da cuenta, se le frunce la vida, y le cede el micrófono a un científico: Fauci, “explicador en jefe”.

Algo se está moviendo. El cloro baña los ambientes, se ha vuelto el bouquet de nuestra época. No olvidar el concepto de clima epocal. Bases de datos actualizadas en tiempo real con el avance de la pandemia. Las aguas cristalinas de Venecia y las aguas cristalinas del arroyo Ludueña. El planeta se manifiesta. Las fakes news proliferan por WhatsApp. Zizek y Coronavirus no se detienen: “El dilema es la barbarie o alguna forma de comunismo reinventado”. Aparece un filósofo que deja boquiabiertos a todos. ¡Un señor barbudo anunciando el Orden Post Global! ¡Qué impronta Alexander Dugin!

Tips para cuidar la salud mental. Cartas al Presidente de una referente trans que le pide pueda garantizar sus ingresos: “Qué pasa con las población travesti- trans en época de pandemia?”

Muere un bebé en Estados Unidos. En China hay cada vez menos casos, están curando a casi todos y más de 42.000 doctores de todo el país empezaron a regresar a sus hogares. También reabre la Muralla tras el aislamiento, parece que son 20.000 los que podrían visitarla por día. Volvemos de a miles, todo de a miles. Hay esperanza. Igualmente, AMLO y Bolsonaro sostienen sus políticas desastrosas entre el gradualismo y el negacionismo. Los femicidios no se detienen. Las denuncias por violencia machista crecen fruto del aislamiento. ¿Cómo se sostiene una lucha en el marco de una pandemia? Ruidazo federal contra la violencia patriarcal. Femicidios sin cuarentena. Repensemos el amor. Desterremos la violencia como modo de opresión, desterremos la opresión: ¡CERDOS DE MANUAL! Revindiquemos las soberanías

Me atrevo a aseverar que extraño el mundo de la ternura, el mundo del fuego fatuo, extraño mi sinceridad como riesgo social. Me recuerdo como ojo que vela los espacios en su blando clamoear. Alimento un soplo rizado en la planicie de diamantes opacos, sin trabajo sobre ellos. Hace 4 meses que me encuentro muda, constreñida, enjuta entre mis mandíbulas. Descubro satanes en montes de crestas perdidas entre nubes. Me revelo en tintas de lo inmenso abrazando a María Moreno en un bar que preferimos no pronun-

ciar ni su nombre ni su ubicación para que no se arrimen los peleles advenedizos. La deidad del mundo me invita a una fiesta por Zoom, extraño abrazarlo. Espero el blando clamoear para saber que el rigor del día me ofrece nuevamente mi mudez, para rendir en un campo tan baldío como miserable. Me quedo callada para ser digna por una vez. Toda una grey se ostenta engolada. Escucho porque es mejor no manifestarme. Aparece la pompa y el boato de mis modales y trato de ejercitar la constricción; que nadie sepa quién soy. Me repito: bien, rectitud, sencillez. Se despierta la pandemia febril. Recupero espesor en mi hogar, se apiada de mi la humanidad por un rato. La humanidad se revela como los seres sin fin en sus angustias y allí existo, muy lejos de los cantos del mundo, en su fragor.

Busco abrazos y me detengo en el erotismo del cine. La esperanza de tus pueblos como dogma edificante en sus ánimas. Somos sinceros. Así, tal vez, lleguemos tranquilos al futuro. Late, entonces, tu conciencia de Atlas en el ergotismo. Espero el mirasol dorado en 2 de abril. El lampo de un festejo en el medio de la ciega blancura de la enfermedad. Un deseo, al cielo mis preces se dirigen. No por misticismos sino como figura retórica de la esperanza. Y activo un ósculo. Decido pasar calor, con este texto, para corroborar que estoy vigente en mi fisiología. Es decir, ver cómo la gente se abraza en fotos y pone canciones, baladas del rock nacional: “mañana campestre” para cuando todo pase dice Ana. Ciertas digresiones y recuerdos me vuelven: le digo a la catedrática que reptaría al periné de nuestra deidad, ella se ríe frente a la nube de un jardín botánico vacío.

Hikikomori para retirarme antes de tiempo y reconquistar cierta compacidad. Volver a ser quién soy. Nunca lo suficientemente pueblerina para ser de una segunda ciudad en un país periférico, y siempre lo suficientemente cosmopolita para recorrer todas las capitales del mundo. Sentarme en cualquier mesa y no desentonar y poder ir a la popular con el barrabrava canalla y no desentonar tampoco. ¿Nadar todas las aguas, pero en la política? En la política volverme traslúcida. Espectro. Estos días que he vuelto a casa, estoy recobrando el espesor de mis ideas.

Descubrimos las cotorras en la cortada De Marchi y nos preguntamos desde cuando hay cotorras. El zureo de las palomas del campo avanza como un alivio ancestral, atávico a la gringada y los sirirís que se manifiestan un toque antes que los aplausos raleados de las 20.55. ¿Qué más? Escuchamos conciertos de nuestros ídolos. Vemos los documentales de Churchill, y hacemos listas de todos nuestros amores, suponiendo o estimando con quién estarán pasando su aislamiento, su encierro. Hago hipótesis en silencio y no le erro. Con el correr de las semanas, mi stock de delicadeza y de mansedumbre merma. ¿Cómo me voy a morir sin antes ver a todos los vagos que quise al menos cinco minutos? Virginia Negri les dice que siempre pueden volver.

Me cuentan desde Italia que cuando te agarra el bicho este, te aíslan y te morís solo

como si te hubieran abandonado en una tapera rural. ¿Cómo es morir sin despedirse? Pasamos el 24 de marzo en silencio. Leemos los mensajes del exilio. Revisamos aquellas cajas, aquellos archivos. Las dinastías históricas de las fuentes fidedignas en acción y mutismo. Progenies y prosapias de silencio para mantener la elegancia y ofrecer datos duros para no hacer ruido. Enviar un mensaje empañado para ser todo lo subversiva, espía y amante que nuestro deseo y perversión requieran. La abstracción como sustrato de una conspiración amorosa. Una paleta en despegue explosivo, en propulsión a reacción, ante la suma RGB para delirarse bailando entre los secretos ocultos de dos interlocutores. Un mensaje da la orden a un esquema de símbolos que luego se traduce en colores y esos colores definen un canevas Anni Albers. Un Exocet subcutáneo nos desnuda. Vemos un cuadro abstracto, discreto, silente, cibernético (cibernético no tiene sinónimo), en suma aditiva cromática de la asepsia quirúrgica de estos lenguajes, para luego, desarmar esa urdimbre y describir el peligro y la intensidad en su tarea embrionaria. El algoritmo es el procedimiento del arte y la ciencia. Sigo recostada, hace 20 años que no descanso y vienen a mi conocimiento ecuaciones que me tranquilizan para ordenar el afecto. Y necesito hacer algo con niveles no habituales de intensidad, lo cierto es que desde hace ya casi seis años estoy en letargo y este aislamiento viene a consolidarlo. ¿Qué hacer con los trains of thought? Vivo en un barrio de casas chatas, céntrico, pero con un índice de edificación bajo. No hay montañas torres que evidencien la impudicia del espectáculo doméstico, no hay dramaturgia en los balcones. Aparece la lengua de las horas. El minué de la percusión popular disperso. ¡Qué suerte que se aplaude! Con cierta hidalguía, se aplaude, la certeza del aplauso cerrado en nuestra casa pintada con cal y sangre bovina.

El hospital de pájaros

Agustin Gonzalez

La biblioteca de la casa es muy específica, y por más que sea una biblioteca chica, contiene, en tres anaqueles, buena parte del infinito literario: las obras completas de Shakespeare, de Esquilo, Sófocles y Eurípides, seis novelas de Lord Berners, la Historia de la Filosofía de Bertrand Russell, Emma de Jane Austen, una enciclopedia de botánica y las Mil y una noches.

Hace unos días terminé de leer Lejos de la guerra, de Lord Berners, novela en la cual una aristócrata recluida en su mansión en la campiña inglesa durante la segunda guerra mundial, decide ponerse a descoser a mano un tapiz alemán muy valioso, herencia de una tía. Se propone descoser hilo por hilo, cada hilo de seda del tapiz, en vez de simplemente deshacerse de él, venderlo o donarlo a algún museo. Quiere destruirlo, pero no como aquel que incendió el templo para que todos lo recordaran, ni como cuando se demolía una casa antigua para construir un edificio nuevo. Su trabajo de destrucción es humilde y secreto, absurdamente humilde y secreto, y consiste en descoser hilo por hilo ese raro tapiz germánico único en el mundo, invaluable, como su pequeña contribución de guerra.

El fin de semana previo al aislamiento, mi amigo J me había invitado a pasar mi cumpleaños en su casa en el campo, que es un antiguo monasterio reformado en las afueras de un pueblo de la provincia. Ese mismo fin de semana fue que se declaró el aislamiento preventivo obligatorio, así que decidimos quedarnos acá.

La casa es un monasterio colonial del siglo xvi, parcialmente destruido y reconstruido en vidrio y hormigón y está rodeada por un estanque profundísimo, un laberinto de rosas, un rincón de salvias y una magnolia púrpura. La parte de atrás, la más antigua de la casa, está oculta en medio de un bosque glauco y bordó de coníferas, ciruelos de jardín y álamos plateados. Más allá, una pileta, un monte frutal de cítricos, la antigua torre con el campanario y un bosquecito de pinos, cipreses y palmeras, un segundo monte frutal, esta vez de almendros, perales y cerezos, una mesa de picnic, huerta, invernadero, hotel para insectos, colmenas de abejas entre lavandas y lapachos, corral con gallinas y depósito de herramientas. No hay cerco en el límite sur, excepto un muro derrumbado y las primeras lápidas entre el césped altísimo que indican que ahí ya comienza el cementerio.

Entonces terminé de leer Lejos de la guerra de Lord Berners y empecé a leer Macbeth en la sala cuando entró volando un colibrí. Fue como si entrara una presencia con plumas de pájaro. Parecía confundido y arrepentido. Atravesó la sala, sobrevoló el piano y quiso irse por la ventana opuesta, dándose un golpe contra el vidrio, leve, porque no iba tan

rápido. Y entonces retrocedió, y cuando me levanté para ir a abrirle la ventana, retrocedió aún más y volvió al exterior por donde había entrado.

Toda esa situación del colibrí me había puesto nervioso, y en ese estado de participación mística volví al sillón a seguir leyendo.

Es el segundo acto, el instante previo a que Macbeth cometa su crimen, siento dos golpes contra el vidrio, uno y después otro. Me levanté y fui a ver, recitando los versos en los que me había detenido ¿Es esta daga...que veo frente a mí, con la empuñadura hacia mi mano...? “Son pájaros” -dijo mi amigo- J, suele pasar que se chocan contra los vidrios”.

Así era. Sobre el piso de la galería había dos pájaros, dos horneros boca arriba, en shock, con el cuerpo retorcido por espasmos de dolor, sin emitir sonido. Hasta que uno de ellos se irguió, se acomodó y salió volando, no sé si a seguir viviendo o a morir lejos. Pero el otro seguía en el piso, estaba muerto. En un estado de tristeza fui a la cocina a buscar algo con qué recogerlo y enterrarlo pero cuando volví al lugar ya no estaba y pensé que alguna iguana quizás, alguna comadreja o algún gato se lo habría llevado.

Volví a la sala a seguir leyendo. Lady Macbeth se lamenta de tener un corazón tan blanco y esconde las dagas ensangrentadas debajo del colchón de los centinelas para incriminarlos. Se escuchó otro golpe, esta vez más fuerte. Fui corriendo al mismo lugar. En el mismo lugar había un zorzal tirado en el piso, haciendo el mismo gesto de dolor que los anteriores pájaros, luchando por quedarse de este lado del mundo, aunque momentáneamente eso coincidiera con un dolor atronador. Me saqué el poncho que llevaba puesto y lo acuné entre brazos. Le hice unas caricias en el pico y en el cuello que parecieron calmarlo, y como si algo hubiera despertado en él, se recompuso, se dio vuelta y salió volando.

Entonces se me ocurrió poner señales en los vidrios con cintas, ramas, claveles de aire y enredaderas, para que los pájaros al menos disminuyeran su velocidad y el impacto fuera menor. Después decidí establecer un hospital para pájaros, departamento de traumatología, entre el invernadero y las colmenas donde se realizan reparaciones de picos, entablillado de alas, ungüentos cicatrizantes con cúrcuma y miel.

Como no soy médico ni veterinario pero sí autodidacta en cualquier cosa, después de informarme lo más que pude sobre traumatología aviar, concluí que lo primero y más importante era asegurar la calma, ya que muchas aves morían por exceso de dolor. Después, el ave en estado de shock es traspasada a una camilla, se la asegura para que no pueda volar ni lastimarse en el intento, y en menos de dos minutos está en el hospital.

A la sombra de una morera, sobre la mesa de picnic, los pájaros son operados y vendados, y después quedan internados en un pabellón de camas de hojas secas y brotes de berro. Durante el día, los pacientes son alimentados con puré de lombriz y menta, y se

les da de beber con un gotero néctar de azahar y azúcar, y se les hace unas caricias en el cuello. Durante la noche son resguardados en el gallinero, para evitar que sean presa de los gatos y las comadreas.

Esto sucede a menudo, los pájaros se estrellan contra algún vidrio de la casa. Todos son inmediatamente llevados al hospital de pájaros y atendidos según su especie y dolencia. El alta se da a los tres días, aunque la mayoría de los pájaros se queda merodeando por el lugar y hemos tenido que abrir un comedor de aves a pasos del hospital. Algunos pájaros, naturalmente, no sobreviven. Para ellos, el hospital tiene un cementerio donde son enterrados, luego de una breve y sentida ceremonia. El sepulturero cava un foso y alguien, mi amigo J o yo, dice algunas palabras, que son siempre las mismas: “Querido pájaro, no te conocimos lo suficiente...” y que algunas veces nos hacen reír y otras llorar.

Desde la jaula

Fede Leites

Hace años leí Mundo exterior, mundo interior (Albert Hoffman) un libro que retrataba un poco la proyección que tiene un universo sobre otro a la vez que dejaba entrever las relaciones entre meditación, psicodelia y las experiencias profundas con el SER insinuando que el afuera no era nada menos que una proyección holográfica, como si nosotros fuésemos un proyector y nuestra mente, la película.

Cuando Alberto (Fernández) dictó la cuarentena entre confundido e imprevisto me encerré en casa pidiéndome a mí mismo no jugarme una mala pasada y volverme mi mejor amigo.

Los primeros dos días fueron desconcertantes pero inmediatamente entendí que esa operación me iba a llevar automáticamente a aquel libro de Albert y que la cuarentena era la oportunidad perfecta que se me había dado para estudiar, reconectar y proyectar mi configuración hacia la realidad tangible.

Hace seis meses que vengo posponiendo el inicio de un disco nuevo. Las ideas vienen una y otra vez, escribo en mis cuadernos y la necesidad de frenar para componer como cada vez que nace un álbum era inminente, pero lo venía pateando para octubre del 2020. Así fue que el día dos de la cuarentena decidí sumergirme en la idea de producir un puñado de canciones nuevas relacionadas con la idea de MATRIZ pero a la vez donde pudiera apelar a la capacidad que todos tenemos de aproximarnos a nuestro holograma mediante operaciones fácticas y formales.

En ese momento, la composición de un nuevo disco se transformó en un experimento en mi casa decidí y ponerme al día con varias deudas personales.

Armamos una elemental dinámica compositiva con cuatro de mis amigos más generosos y cuyo talento admiro profundamente y empezamos un sistema de ideas en conjunto, mi necesidad de estar en contacto con la tierra era pulsante al estar tantas horas encerrado adentro de mi casa y así fue que me trasladé al patio para empezar a podar las palmeras, cortar el pasto, hacer plantas nuevas, construir una compostera, hacer asados al aire libre, y finalmente el proyecto mayor: revolviendo un cajón que no abría hacía cuatro años encontré 50 paquetes de semillas orgánicas que había heredado de un amigo que se había mudado y empecé una modesta huerta con 40 variedades de comestibles y aromáticas en mi casa.

Respecto de mi cuerpo con el cual tengo una relación que siempre fue desatendida y sedentaria decidí también ponerlo a prueba de vigor y empezar a hacer todas las mañanas

rutinas de Yoga / meditación y por las tardes algo más vigoroso con unos pocos adminículos que tengo en casa.

El bienestar empezó a arrimarse y cierta propensión a la distorsión se fue filtrando y licuando a través del ejercicio, la tierra y las composiciones nuevas. Nuevos lugares de arribo aparecieron, las melodías nacidas en grupo trajeron el nacimiento de nuevas formas de cantar, nuevas poesías, y nuevos sentimientos llegaron nacidos de recientes configuraciones emocionales.

Por supuesto que decidí no ver absolutamente nada en la televisión sino dedicarme exclusivamente a vivir las horas del día y la noche en casa.

Tiempo atrás un amigo me regaló tres cristales facetados grandes como un puño que ubiqué en las ventanas y en este otoño el sol les pega de lleno proyectando una red lumínica multicolor, algo así como una malla holográfica interna, y fue esta experiencia la que dio nombre al disco: se llamará JAULA. Así es que empezó a nacer en mí una especie de neutral bienestar y entendí también que el mundo interior y el mundo exterior son de material lábil.

Estamos en un año de reconfiguración, al menos planetaria, en donde están disponibles los encastrés para cualquier forma. Es el año en donde uno tiene que decidir qué forma desea tomar para saber a dónde se va a ensamblar. Esta decisión no es menor y es una responsabilidad ontológica de la cual todos deberíamos ser conscientes.

Sean sus mejores amigos.

Feliz cuarentena terrícolas.

La detención del movimiento

Alejandra Benz

Hace dos años pasaba las horas en el pasillo de un sanatorio a la espera de las últimas horas de vida de mi mamá. Solo salía para fumar o comprar en el kiosco de enfrente.

Compré una latita, la fui tomando sentada en la cama de al lado, acompañando el ritmo de la respiración que se iba aquietando, me mojé el índice con cerveza y le hidraté los labios resecaos. Nunca había visto morir a nadie así que con mi hermana nos turnábamos para verificar. Existió finalmente el último suspiro, lo corroboramos con la enfermera que dijo ¡sí! falleció, acto seguido abrí la ventana de par en par.

No hacía mucho había leído por ahí que hay que hacer eso para que el alma se pueda ir y me pareció bien, algo más que hacer en la rueda de acciones que empezaban ahí.

Antes de llegar a este día, mi madre ya había criado a cuatro hijos, acompañado a un marido en sus internaciones, a amigas en partos, a sobrinas en cirugías, y durante muchos años había cuidado de su suegra enferma de Alzheimer y luego de la hermana de esa abuela, con cáncer y casi ciega. Fueron años de cuidado que se tradujeron en años de encierro.

Todos esos años al cuidado de otros, más que nada los últimos, fueron deteriorando su propia salud. Empezó a tener los mismos síntomas que las personas que habían estado a su cargo, olvidos, enlentecimiento, praxias bizarras y así en un espiral indetenible.

Ella que, no teniendo más nadie a quien cuidar, podía empezar a ocuparse de sí misma, ya no tenía con qué.

La detención del movimiento, no poder salir, salir solo a hacer compras, disminuir el contacto social, todo esto que nos aparece como una excepción es la ley para les cuidadores. Y esto no es gratuito, básicamente te podés morir, sí, así nomás porque no hay prevención primaria en salud mental. Porque les profesionales de la salud mental somos lxs parias de la salud.

Escucho a las amigas madres, escucho a mi hermana, a pacientes, a madres de alumnos, lo agotador de estar al cuidado de otrx, de niños, de mayores. Esquivando todo el tiempo de queja para no ser juzgades en su amor, en su moral, en lo que sea.

Algo más de lo que deja esta pandemia al descubierto es la encerrona en la crisis de la línea de cuidados. En esto de “nos cuidamos entre todxs”, ¿quién cuida a lxs que nos cuidan?

No creo en un estado maternal, no creo en que sea otra vez la figura de las mujeres, las

lesbianas y lxs disidencias les que tengan que asumir el peso agobiante de los cuidados. Ya lo venimos diciendo hace mucho: si nuestro trabajo no vale, produzcan sin nosotres. Me alegro si todo esto nos hace dar cuenta de lo imprescindibles que son los trabajos domésticos, de niñerxs, de educadores, lxs madres, enfermerxs, y si nos dimos cuenta, lo mejor que podemos además de la empatía y el reconocimiento es darle un valor real monetario.

Un día cobrando la jubilación de Cristina, la de la dignidad, la de las amas de casa, agarré todo el dinero y le dije a mi mamá: “Mirá, todo esto es tuyo”. “¿En serio?” me dijo. “Sí, claro” le contesté. “Te voy a comprar un regalo”.



La muerte es algo que acaece a los vivos

Lila Gianelloni

Cuando entraron los mensajes en el teléfono yo estaba soñando con unos nenes que reían mientras yo decoraba una torta con grana y dulce de leche. Abrí los ojos, alargué el brazo y leí: “Te quiero avisar que anoche se fue mi vieja”. Graciela, mi vecina, había muerto y una de sus hijas me avisaba. Su enfermedad era anterior a la pandemia y se había agravado en el último tiempo coincidiendo con los días de la cuarentena, por lo que sus hijos, que eran quienes la cuidaban, permanecieron en el mundo propio que construimos cuando cuidamos a un enfermo querido.

Su casa está a dos casas de la mía, después de la de Marcelo y de la de Ada. Hasta hace un tiempo había visto casi a diario a Graciela guardando el auto, caminando hasta el container al atardecer, yendo a la panadería o detrás de la verja de su casa, entre las rosas y las lavandas florecidas. Nos saludábamos, si era de lejos, levantando el brazo.

Cuando nuestros hijos eran chicos jugaban juntos en la vereda. No teníamos intimidad entre nosotras, ni nos contábamos secretos ni intercambiábamos pesares. En muchos años, hablamos unas veces del tiempo, del precio de las naranjas o del tránsito.

Vivimos en una callecita corta y angosta por la que suelen pasar rápido los automóviles. Ella tenía una voz ronca y un dejo italiano al final de las frases que me gustaba. No sabría decir si ella llegó a enterarse de la pandemia o si el sopor en el que permaneció hasta el final sobrevino antes. En eso pensaba mientras miraba el teléfono sin saber que decir. No encontré palabras suficientes o precisas. Necesitaba un gesto, un abrazo, aquello que por estos días constituye un peligro. Todos los peligros hubiesen sido necesarios pero la cuarentena no lo permitió.

“Por suerte se fue super tranquila, pudo morir en casa”, decía otro mensaje en el teléfono. Los cuidados amorosos de sus cuatro hijas y de su hijo durante días y días y sus noches. “Estamos cansados”, decía más abajo. Imagino cuánto. El suero, las enfermeras, evitar el dolor, velar el sueño y la vigilia. Estirar la cama, cambiar las sábanas, acomodar almohadas, no, mejor sacarlas, las necesidades del cuerpo, las necesidades del espíritu. El perfume. Lo endovenoso. Las venas en lo profundo que llevan la savia del árbol que somos. El corazón que late no debe dejar de latir. Un nuevo mensaje: “No se puede hacer velatorio”.

Me senté en la cama. Entendí que eran las reglas de la salud pública. Estamos esperando que la vengan a buscar. Uh, dije. “Se dio así, es por la pandemia”. Ahí voy, escribí. Sin

pensar, como un autómatas, me puse un vestido negro, las sandalias sin taco y traté de peinarme. Me cuesta trabajo peinarme. “Mañana sería su cumple”. Me lavé la cara y me miré en el espejo. Calculé que Graciela tendría la misma edad que yo. “Mirá que ahí llegas a buscarla”. Me puse el collar de semillas de huayruros, que tiene el don de alejar los males, y salí a la calle. Era una mañana con luz, de principios del otoño. Hacía muchos días que yo no salía de casa. El encierro me había entumecido y el resplandor me hizo cerrar los ojos, pero el viento en la cara me despabiló. Esta callecita de casas bajas donde vivimos recibe el sol y los vientos del este y del sur y del norte y del oeste, y las lluvias de marzo.

Un furgón blanco se detuvo dos casas más allá, frente a las rejas y las plantas de lavanda. Las puertas y ventanas de la casa estaban abiertas. Me paré en la vereda. Salió su hija, la que me había avisado. Me abrazó. La solté enseguida, como si estuviese cometiendo un delito y me alejé a más de un metro. Le dije en voz alta, más alta que de costumbre, que me hubiese gustado traerle unas flores de mi jardín, que no tenía por estos días más que jazmines enredaderas, y que las rosas no habían abierto todavía. Me dijo que no me preocupase, pero la vi buscar con la vista en el jardín de su casa.

Del furgón blanco bajaron dos personas que parecían astronautas; alejadas entre sí y de nosotras saludaron con la cabeza y entraron en la casa. Me pareció excesivo, esta enfermedad no era contagiosa. Será por las dudas, pensé, por el enemigo invisible. Los seguí. Adentro, uno de los hijos estaba a unos cuantos metros de mí; nos saludamos con un gesto, como hacíamos con su madre de casa a casa. Es un muchacho alto; estaba de pie, tomando un solitario mate. Los astronautas fueron hacia una habitación, llevando una especie de camilla metálica. Entonces dije algo, no recuerdo bien, acerca de la vida breve, de la cáscara que nos envuelve mientras la vida nos pertenece y que cuando nos abandona lo que queda no tiene ningún valor, el espíritu o como se llame es lo que cuenta y es intangible. Es parte del aire.

Algo así. Creo que es el sonido que hacen las palabras al salir lo que nos liga, el soplo del aire, la cadencia, la entonación que ponemos la que produce el sentido. La misma voz, a veces enlaza. Intenté con mi discurso improvisado abrazar a esos chicos valerosos guardando la distancia sanitaria en la cocina de su casa mientras los astronautas hacían su trabajo. Se comprenderá entonces la torpeza de las palabras que pronuncié, única flor con la que contaba para llevar adelante el rito del que era parte. En tiempos sin restricciones estaríamos rodeados de vecinos. La tristeza y las ceremonias serían compartidas en abrazos, hombros en los que apoyarse a descansar o a llorar. Habría amigos. Tal vez flores. Tomaríamos café.

Se abrió una puerta y salieron las otras hijas. Caminamos hasta el furgón. Me paré en la vereda vacía de la calle silenciosa en una ciudad quieta y con miedo, mientras los as-

tronautas se sacaban sus trajes, sus máscaras y sus anteojos y se subían al furgón. Me pregunté si tendría que rezar, si a Graciela le hubiese gustado. No lo sabía. Los ritos del adiós son comunitarios, se hacen con otros, miré a los chicos que agachaban las cabezas mientras el furgón se iba. Me quedé parada en la vereda donde el sol de la mañana hacía un triángulo de luz en las baldosas.



Más extraño que la ficción

Fernada Blasco

Los viejos y los locos son los únicos que hablan con la televisión. Eso pensaba hasta que llegó esta pandemia. Ahora dudo, porque la que empezó a hablarle soy yo. Quizá no sea la pandemia, quizá sea que simplemente envejecí y enloquecí. No, no es que hable con la televisión-aparato: hablo con los personajes de las series que veo (quizá los viejos y los locos tampoco le hablan al aparato, o quizá sí, no lo sé).

Intentaré ser más específica: leo geniales soliloquios de escritores, periodistas y amigos literarios, gente que en este encierro obligado se hace preguntas y se las responde, gente que escribe textos donde desnuda lo que siente, analiza lo que pasa y teme por lo que viene. Y yo no, yo no puedo. Claro que tengo muchas cosas dentro. Ese es el problema: temo lo que ocurrirá si lo pongo en palabras.

Tengo una estrategia de supervivencia. Cuando siento que no puedo escapar de mis pensamientos y temores corro hacia las ficciones, refugio durante las peores crisis en mi vida. Recuerdo de memoria libros que me defendieron cuando sufrí bullying por ser intelectual precoz, películas que calmaron mi angustia cuando volví al país luego de vivir en el exterior, personajes que me acompañaron cuando trabajaba demasiado y también cuando me quedé sin trabajo, series que me abrazaron cuando tuve el corazón roto, cuando atravesé puerperios y varios cuandos más.

Es de noche, tan de noche que ya es de día. Pierdo la cuenta de las horas en el aislamiento obligado. “Pandemia” y “Virus” me asustan desde el catálogo de [Netflix](#). Dudo. Nunca me gustaron las pelis de terror pero me encanta la ciencia ficción. Lo pienso mejor: me encantaba hasta que la realidad se empezó a parecer demasiado a una película de ciencia ficción. Escapo de los hombres con aparatosos trajes de protección y [los monos de Dustin Hoffman](#). Busco desesperada algo pasatista. Un cartel avisa que llegó la cuarta temporada de [La Casa de Papel](#). Bingo. Un robo de bancos puede funcionar, pienso. Disparos, caretas, dinero que vuela por los aires. Sí. Devoro capítulo tras capítulo mientras se agudiza el insomnio. Pronto me doy cuenta de que es una trampa: la serie cuenta la historia de un grupo de personas encerradas, primero en La Casa de la Moneda y luego en el Banco de España. Encerradas. Quiero escapar pero es demasiado tarde: soy una rehén más, aunque sin el traje de Dalí, estoy pendiente de los latidos de Nairobi y quiero agarrarlo de los hombros al Profesor para convencerlo de que (aunque nuestro enemigo sea invisible) puede sacarnos de esta también.

Otra noche, otro tour por los caminos de Netflix. Quiero algo liviano que me relaje en serio. Recuerdo que tengo pendiente el cierre de la genial comedia norteamericana [The](#)

[Good Place](#), donde brillan Kristen Bell y Ted Danson. Me aferro a la literalidad y decido que realmente quiero estar en “un buen lugar”. Apuro los últimos episodios de la serie, evalúo que esta última temporada logra mejorar la previa, pero que nada podrá nunca superar a las dos primeras. Entonces caigo en la cuenta: no es una serie sobre el cielo y el infierno, sobre humanos que buscan su mejor versión, demonios simpáticos y juezas extrañamente graciosas. Es sobre personas suspendidas en la eternidad que viven sus vidas en loop. En loop. Y yo que hace semanas que no sé qué día es cuando me levanto. Dudo como Chidi: no puedo decidir si seguir viendo la serie (me estoy riendo) o apagar la tele (me estoy angustiando). Quisiera ser tonta como Jason para no darme cuenta de lo que está ocurriendo o tener una mansión como la de Tahani donde pasar estas horas sin horario. Opto por tomar demasiados tragos y desmayarme en la cama mientras pasan los créditos del último capítulo, fiel al espíritu de Eleanor.

Llega otra noche. Tras múltiples recomendaciones, y de la mano de mi amigo Juan Carlos Torrent, llega [The Morning Show](#). La joyita de Apple TV que protagonizan Jennifer Aniston, Reese Witherspoon y Steve Carell me seduce desde el primer capítulo. No solo cuenta el escándalo que se desata tras una denuncia de acoso sexual, también analiza la red de complicidades que lo hicieron posible. Arranco bien porque me gusta todo: guión, actuación, música, fotografía. Pero en un capítulo alguien de la producción del show menciona al pasar que tienen una nota preparada sobre “gripe aviar” y quedo tildada. Intento seguir la historia y apartar ese pensamiento pero solo puedo pensar en un murciélago hecho sopa que bate sus alas en algún lugar de China y hace que hoy en Santa Fe el gobierno pida uso masivo de barbijos. Necesito que Alex y Bradley hagan un informe especial sobre lo que está pasando. En realidad, quiero que Bradley haga todas las preguntas que nadie se anima a hacer y consiga (por favor) las respuestas.

Suspendo las series por algunas noches, no parecen estar ayudando. Pero una tarde, entre chocolatadas y galletitas, me obligan a ver [Nail it!](#). Es un gracioso reality donde gente que no sabe cocinar encara complejas recetas que harían transpirar a los chefs más expertos del mundo. El resultado solo puede ser un divertido desastre. Pero cuando los concursantes corren desesperados a buscar ingredientes me siento dentro del video viral australiano donde unas personas peleaban por rollos de papel higiénico, cuando la pandemia recién arrancaba. Y escalofrío me recorre por la espalda. Poco después, me descubro comparando algunos resultados del concurso culinario con los experimentos que hago esos mediodías en los que, para evitar salir a comprar lo que me falta, invento recetas con lo que encuentro en la alacena y la heladera. Respiro hondo. Creo que estoy arruinando los realities también.

Mi último intento llega cuando una amiga me avisa que desembarcó en Netflix la sexta temporada de una de mis series preferidas, [Brooklyn 99](#). Nada más seguro que un cuartel de policía en Nueva York donde todos conocen tu nombre. Es nuestro cable a tierra.

Cada noche vemos un par de capítulos y antes de dormir chateamos sobre las ridículas aventuras del equipo que lidera el capitán Holt. Pero me doy cuenta de que no puedo compartir con ella todo lo que pienso. No le puedo decir que cada vez que los personajes se abrazan o chocan los cinco me da impresión. Que me extraña la escena donde se ven nenes jugando en un parque. Que cuando un personaje tose deseo que solo sea un resfrío. Que me pierdo la mitad de un diálogo clave en una escena de hospital pensando que nadie cumple la distancia necesaria y que todos deberían llevar barbijos. No puedo confesarle que, a veces, al mirar al detective Jake Peralta a los ojos siento que él también me está mirando fijamente a mí y que ambos, en simultáneo, nos preguntamos de qué lado de la pantalla está la ficción.

Cuarentena

Silvina Tamous

Un día, quizás en primavera, volverán todos los besos. Los que se atragantan en la garganta, esos que duelen y no se pueden sacar afuera. Ese día, cuando todos los besos salgan de la boca, voy a dejar de estirar los brazos para abrazarme, de tocarme las manos que se están rompiendo de tanto alcohol y lavandina. Manos rotas que se desarman en el teclado y se mueven rápido para no pensar. Las manos tienen que moverse y el cuerpo también. Hay que gastar el tiempo que ahora sobra, hay que gastar el día, hacer algo útil.

Miré la biblioteca y supe que era el primer objetivo. Hacía 12 años que no se limpiaba, sólo algún trapito por encima. A los estantes de arriba no llego, así que pedí una escalera.

Los libros de arriba eran los de la infancia. La colección Iridium, Tres niñas y un secreto, Verónica, los de Luisa May Alcott. Me detuve un poco. Recordé la emoción que me generaba, la ilusión.

Los libros raros, como algunos de poesía persa, el de Paco Jamandreu. Y los que me traje de la casa de Alma Maritano cuando ella murió. Estaban separados, para que no se mezclen. El primer cuaderno de Bitácora de Rayuela, con el que Alma me dio clases cuando tenía 15 años. También aparecieron fotos mezcladas entre las páginas de los libros. Un papel con la letra de mi viejo, la inconfundible letra de mi viejo que tenía muchas veces repetida su firma, que se parece a la mía y a la de mi hermano. Y una sola frase: Cuando el amor muere. Quizás sea una letra de un tango, algo que quizás me contaba en ese momento. Solíamos hablar de letras de tango, me dibujaba en el aire un arrabal que no tuve del que fue parte hasta el día de su muerte. Guardé el papel, dejé de revolver páginas de libros. No es fácil hacer frente en una cuarentena a esas cosas. Tenía ganas de correr, disparar de la nostalgia, contarle a alguien lo que me pasaba con sólo limpiar una biblioteca.

Después vinieron los CD, pero no los escuché, ya era demasiado. No se puede tanto en un encierro.

Todos los días me levanto. Desayuno en mi casa cualquier cosa, siempre lo hacía en el bar de enfrente. Trabajo, escucho la radio. Limpio sobre lo limpio. Y pienso en la muerte. Cuando salgo a la calle a comprar algo tengo miedo, por primera vez siento esa inseguridad de la que todos hablan. Pienso en mis muertos. Y en mi mamá a la que no puedo ver, pero ella no lo sabe. No sabe que no me ve. En su mundo inventa amigos y familias. Y la casa de la infancia donde me asegura que vuelve todas las tardes. No entiende las videollamadas, pero me tira besos y me cuenta alguna cosa cada día y nos reímos. Y después me corta, porque dice que está apurada, que tiene que hacer cosas. Y yo le sigo la corriente.

El mundo que se viene, aseguran todos, es otro. Creo que lo anuncian un montón de pájaros que vuelan en el cielo y que se pueden ver desde la ventana. Y el silencio, el silencio que hay que romper con la televisión alta, con la radio, con la música. El silencio que murmulla al oído una historia de orfandad que no tengo ganas de escuchar. No me pesa la soledad, pero el futuro es algo lejano e incierto como nunca.

Nada de lo que importaba importa. Convivo conmigo lo mejor que puedo. Me asusta el cigarrillo, los pulmones repletos de nicotina, pero no, no puedo dejar ahora sola, encerrada, no puedo.

Todavía no abrí los placares para ordenarlos, pero ahí no hay recuerdos, lo puedo hacer cuando quiera sin problema. Fui a la terraza, que casi no la conocía. Está en el piso 15 y se puede tomar sol. Algunos chicos hartos de estar encerrados en un departamento también suben y corren hasta que se cansan.

Se que el encierro va a seguir y no sé cómo. Que si el futuro llega todo va a ser mejor. Que algún día van a volver las risas. La gente ya no ríe ni en la tele. Quiero cambiarme, pero para qué. Hace un mes que no me pongo perfume, ni me pinto los labios. Hace un mes que no camino más de dos cuadras. Que no tomo café rico.

Me gustaría pintar las paredes, pero no se hacerlo. Cambiar los muebles, mejorar la casa, colgar los cuadros que nunca colgué. Tampoco sé cómo se hacen esas cosas.

Sólo escribir un rato. Inventar una historia que nunca inventé por falta de tiempo y mezclarme un rato en el cielo, como si pudiera salir sin que nada me pasara.

Qué ves cuando me ves: la pandemia y la naturaleza de las ciudades

Jorgelina Hiba

“Aquel silencio total que de pronto había acallado todo rumor era anonadante. Los mil y un ruidos que siempre se oyen en una ciudad, aún en plena noche, habían cesado por completo. El mundo se había quedado mudo”. La nieve lanzada como arma letal por un grupo de invasores sobre la Buenos Aires de El Eternauta generó un fenómeno ajeno a las grandes urbes que es, en la historieta, lo primero que llama la atención del grupo de amigos que jugaba al truco: un silencio que, de tan profundo, borraba la huella humana de la mayor de sus creaciones: la ciudad. Lejos de reconfortar, esa ausencia les genera temor e incertidumbre. ¿Qué puede estar pasando para que, aún en plena noche, no haya ningún sonido en un área habitada por millones de humanos?

Cada noche, desde que empezó esta cuarentena, ese silencio de la no vida, del no movimiento y de la no actividad cubre Rosario, que se vuelve extraña a pesar de parecer la misma de siempre. Como si todas las horas de todos los días fueran el feriado del primero de enero, cuando un aire viscoso y pesado que se vuelve denso aquieta las almas por elección o imposición.

El silencio perturbador de la cuarentena borra (por un momento) la traza de la experiencia humana en la Tierra. Lejos del espejismo festejado por cierto ecologismo de pensar que el castigo a los humanos mejora el ambiente, lo vuelve vacío, triste y carente de sentido en contextos ciudadanos. El ser humano, con sus errores y su antropocentrismo, es parte del sistema. Somos parte de la naturaleza y negarlo, además de cruel, es un error de concepto.

Afincados en el tiempo que no pasa, dejada a un lado la actividad rutinaria del ir y venir y del encuentro planificado o casual que dota de contenido a la vida de las ciudades, aparece casi sin querer la posibilidad de la contemplación de lo que nos rodea desde siempre. Aburridos, con tiempo, encerrados y sin el escape mágico de la costumbre diaria, empezamos a prestar atención y a percibir lo que existe alrededor, lo que nos acompaña día y noche.

Adquirimos el “don de la escucha” basado (según Walter Benjamin) “en la capacidad de una profunda y contemplativa atención” y comenzamos a registrar lo que siempre estuvo allí: los insectos que vuelan, caminan, cantan y pican; las aves que atraviesan los cielos maravillosos del otoño austral del sur profundo de América rumbo a sus nuevos

destinos migratorios o que van hacia el este, a la Isla, en busca de alimento. Los árboles que florecen aún en tiempos de marrones y ocre, las flores generosas que siguen allí todo el año. La multiplicidad de peces que, ahora como antes, pueblan las aguas marrones y turbias del río nuestro.

Este tiempo forzado de contemplación, de sentidos exacerbados tal vez por el silencio y el encierro, abrió la puerta a los matices infinitos de la naturaleza que componen el paisaje cercano de Rosario. Una ciudad nacida a la vera de uno de los sistemas de Humedales más grandes y bellos del mundo hecha de una biodiversidad de flora y fauna única gracias al Paraná, a la llanura de pastizal que alguna vez supimos tener y a los arroyos que todavía traen su memoria antigua de Espinal.

Ojalá la nueva normalidad que tendremos que construir no borre esta memoria de lo verde urbano, no acabe con el tiempo necesario para detectar la maravilla de lo natural cercano y al alcance de la mano, no se lleve puesta la sensibilidad por el ambiente que nos hará necesariamente ser mejores, más empáticos y más felices, también en las ciudades.

Conocí la terraza

Verónica Laurino

“Para Wordsworth caminar no era un modo de viaje sino de ser.”

Wanderlust. Una historia del caminar de Rebecca Solnit.

Le hablo por teléfono, de fijo a fijo. Cuando ella lo escucha, ya intuye que soy yo: no hay muchas personas que le hablen al fijo. El otro día me sugirió que podíamos vernos en una videollamada pero no tengo camarita en la compu, ni celu.

Le pregunto: ¿Cómo andan? ¿Cómo la van llevando?

Me cuenta que bien y, a manera de novedad, me dice: Conocí la terraza.

El año pasado cumplió treinta años y hace cuatro que vive en un departamento con su novio. Antes se había ido a vivir sola a un departamento de pasillo. Ella tiene un gato y él una gata. Ahora los cuatro viven juntos.

Qué raro. ¿No conocías la terraza?

Y no, mamá, nunca había subido.

Ellos viven en la planta baja y tienen el lujo de tener patio: es ahí donde tienden la ropa, se distraen, tienen un parrillero y una mesa de jardín.

El departamento era de la abuela de él y, con el patio, heredaron las plantas.

Las plantas de la abuela han resistido todas las modas paisajistas. Son las plantas de la infancia: los helechos, las hortensias, las hiedras, las cascadas. Mi abuela tenía una a la que le decía la “boina de vasco”.

Siempre pensé los patios como un lujo. Ni pensar en un jardín. Pero el patio se puede convertir en un jardín. Yo levanté las baldosas y armé un paraíso.

Cuando los fui a visitar por primera vez, el departamento me encantó por eso. Tenía una ampelosis que se enredaba y cubría la superficie total de los tres pisos de departamentos.

Con el tiempo se la hicieron podar: hay gente que no soporta ser abrazada por la naturaleza.

¿Y qué tal la vista? ¿Se ve el Río?

Creo que el barrio donde vive se llama República de la Sexta y está cerca de lo que antes era el Puerto. O sigue siendo.

La vista bien pero al río, lo tapan unas construcciones.

Ah, yo pensé que se veía o al menos se intuía. La otra vez fuimos a un recorrido por la Biblioteca Vigil y allí donde estaba el telescopio, desde la terraza, se veía el río.

Y ustedes, ¿cómo andan?

Bien, extrañando. A vos y al río.

También extraño las caminatas.

Pero no se lo dije.

Extraño esas largas caminatas que me servían para desenredar las ideas, ventilar la locura y relajarme. El Río siempre ha sido el mejor relajante natural.

Un amigo me prestó Wanderlust, una historia del caminar de Rebecca Solnit y tuve que dejar de leerlo porque me daban tantas ganas de caminar que me hacía mal.

Ya lo retomaré y lo leeré caminado junto al Paraná.

Bueno, los dejo, ya nos veremos.

Sí, voy a ver si alcanzo, en algún huequito de la terraza, a ver o a intuir el río y te mando una foto.

Gracias, te quiero mucho.

Verónica laurino. Negrintenso2000@yahoo.com.ar

Piensa siempre más

Lila Paolucci

*piensa siempre más y más
será por el aburrimiento*

Nos encantaba la canción, y sobre todo estos versos. Que Sergio pensara tanto solo porque no había nada mejor que hacer era algo que nos daba mucha gracia a nosotras, en los ochenta tardíos, cuando, a veces, al aburrimiento lo surfeábamos jugando a una especie de google-call center al que gente imaginaria llamaba con preguntas urgentes —como “¿Cuál es la diferencia entre un asno y una mula” o “¿Quién inventó el peine?”— y nosotras respondíamos leyéndoles entradas de Lo sé todo. Casi sin hablar entre nosotras, Tami y yo, tardes enteras así, turnándonos para usar un viejo y desconectado teléfono de disco color betún.

En las últimas semanas, pareciera que el aburrimiento es un enemigo despiadado, casi o más temible que la Covid-19. Se liberan plataformas audiovisuales, llueven las “ideas divertidas para hacer con los peques”, proliferan los consejos para ordenar los cajones y el placard. Gente muy empeñada en enseñarnos estrategias para aprovechar el tiempo y no dejarnos estar.

En casa, mi hija no hizo ninguna de las propuestas educativas dispuestas por el Ministerio para la cuarentena; yo ni siquiera revisé la cuenta de Instagram del jardín. Sí preparamos trufas de chocolate, chocotorta y torta de manzanas; jugamos a la rayuela, a la pelota, a las aventuras de Bilclave y Margarita —su nombre y el mío en la ficción—; hicimos sellos con hojas; tomé sus clases de gimnasia contracturante; bailamos como las Spice Girls.

El papá le improvisó una hamaca con unas sogas y un mat. La dejé que se maquillara. Miró —miramos— mucha —mucha— tele. Y también se aburrió. Se aburre. Nos aburrimos. ¿Y qué?

La escuela en la que trabajo implementó el aula virtual como forma de mantener el contacto con el estudiantado. Desde el Departamento de Idiomas, se pensaron consignas lúdicas, de circulación de la palabra, de escritura colectiva, que no representaran ni una carga ni una angustia más. Aun así, un alumno me escribe: “Profe, sinceramente, todavía no logro familiarizarme con las nuevas clases virtuales, por lo que no me había percatado de que teníamos una nueva tarea a realizar. Disculpas por la demora”. Tiene quince

años, no treinta y seis. Se supone que sabe manejar la computadora y el iCloud como un campeón, que juega al no sé qué con pibes que viven en el estado de Massachusetts y en Hong Kong. Pero la escuela es otra cosa, pareciera decir el centennial en cuestión.

Si es imposible suplir lo que falta —la escuela, la plaza, el paseo en bondi, la clase de natación—, ¿por qué negar esa imposibilidad? Mantener rutinas, ser productivxs, aprovechar el tiempo... ¿Para qué? ¿Por qué hacer como si todo fuese igual cuando nada lo es? Inevitablemente, vamos a perder: hay quienes han perdido un ser querido, un trabajo, una oportunidad. ¿Qué pasa si mi hija “pierde el año” escolar? Nada pasa. Porque, creo, lo que deberíamos preguntarnos es: ¿qué es perder un año? ¿Qué significa perder el tiempo? ¿Qué significa perder? Se pierden las llaves, los paraguas, los embarazos, los partidos. Pero la pandemia es democrática: todos pierden, todos ponen. Habrá que volver a pensar.

Como Sergio, que piensa de puro aburrido que está. Aburrirse, abandonarse, dejarse estar. Sustraerse a las demandas de la productividad; detectar las fallas del sistema; disponerse para no volver a la normalidad.

Nos deseo la libertad y el privilegio de transcurrir estos días en su excepcionalidad. Ojalá que este tiempo fuera del tiempo nos permita ensimismarnos mucho, y volver mejores. O mujeres. O agua. O nada. Pero con la íntima certeza de que aquí algo pasó.

En el presente volumen se incluye el ensayo fotográfico de **Gastón Miranda** titulado “Presentación preliminar”, en el que el artista recorre los lugares íntimos, domésticos, puestos en letargo y, al mismo tiempo, activos en la memoria de su familia.

ISBN 978-987-27972-2-5

